MI TÍA RAMONA

José Juan Cardenas

20

MI TÍA RAMONA

COMEDIA BUFA EN TRES ACTOS

original de

PAUL GAVAULT

estrenada con extraordinario éxito en París, con el título

MA TANTE D'HONFLEUR

arreglada á la escena española por

JOSE JUAN CADENAS

Estrenada en el TEATRO VICTORIA EUGENIA, de San Sebastián,
el 18 de Agosto, y en Madrid, en el TEATRO LARA,
el 12 de Octubre de 1914

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1914

REPARTO

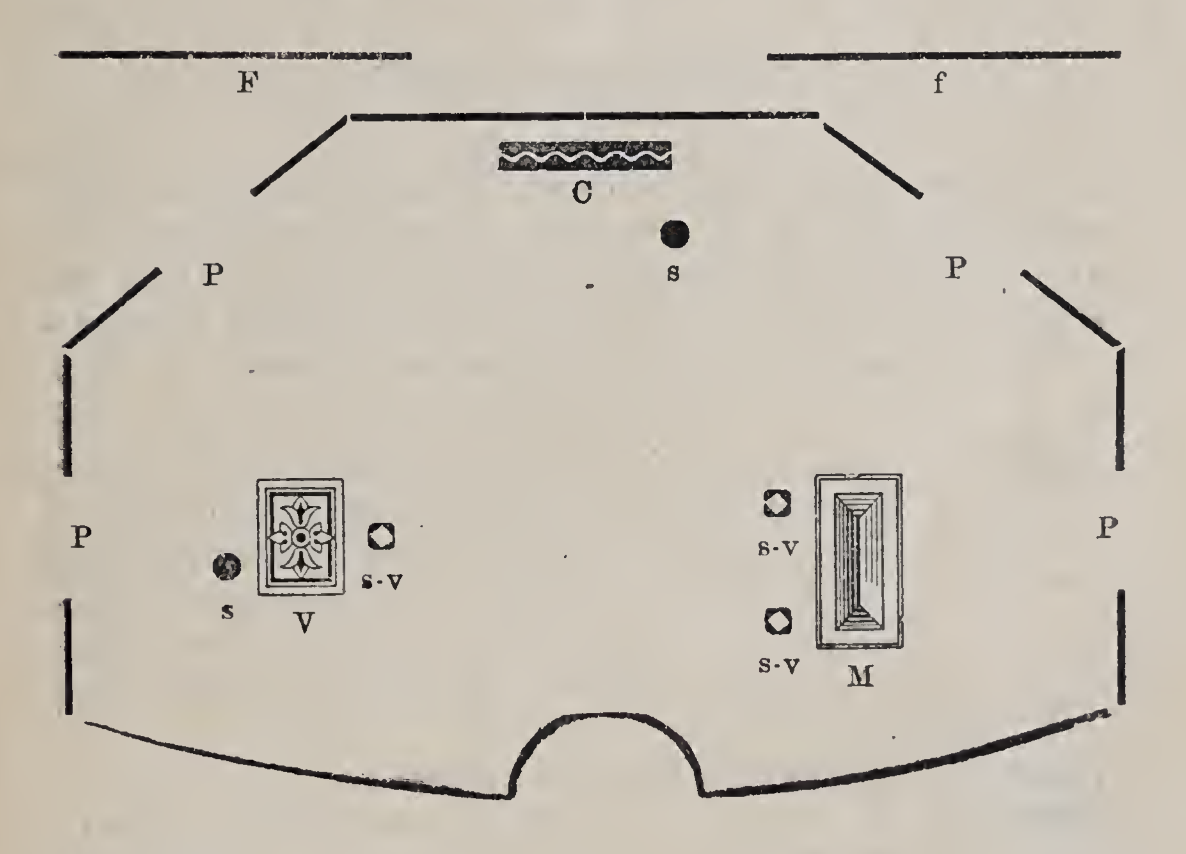
PERSONAJES		ACTORES
RAMONA	SRTA.	ALBA.
ALBERTINA		PARDO.
LUCILA		SECO.
LA SEÑORA DE MORLÁN	SRA.	ALVERÁ.
PRESENTACIÓN	SRTA.	MONERÓ.
GABRIELA	SRA.	ILLESCAS.
CARLOS	SR.	PEÑA.
ADOLFO		MANRIQUE.
EL SEÑOR DE MORLÁN		MORA.
CLEMENTE		ISBERT.
AGUSTÍN		TORDESILLAS.

Dirigida y puesta en escena por D. Ramón Peña.
Apuntadores. D. Antonio Cabezas y D. Manuel Girón.

La acción del acto 1.º en París; la del 2.º y 3.º en Brives la Gallarda, un pueblo francés.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO



P=Puertas.
s=Sillones.
s v=Sillas volantes.
V=Velador.
C=Chimenea.
F=Forillo recibimiento.
f=Forillo salón.
M=Mesa escritorio.

Un gabinete-despacho en casa de don Carlos Bertier. Puertas en los primeros términos. La primera izquierda comunica con las habitaciones interiores. En los segundos términos que irán en ochava, puertas, con los montantes de cristales, la de la derecha da al vestíbulo de entrada á la casa y la de la izquierda da á otro gabinete desde cuyo montante se verá una lámpara de luz eléctrica de varios brazos que se enciende á su tiempo. En la parte del vestíbulo otra lámpara ó globo de luz eléctrica que también se enciende á su tiempo. En el centro de la escena pendiente del techo otro aparato de luz eléctrica de varios brazos que también se enciende á su tiempo y cuya llave estará al foro derecha. En el foro centro una gran chimenea con un cuadro encima. Mobiliario elegante y rico, pero dando la impresión de que se trata de una habitación de hombre soltero. Es de noche. En la escena reina una completa oscuridad. Las puertas están cerradas. Breve pausa.

ESCENA PRIMERA

CLEMENTE, Luego RAMONA. Oyese sonar furiosamente un timbre en la puerta de la escalera. Momentos después Clemente grita: «¡Ya voy! ¡Ya voy!» Inmediatamente aparece Clemente por la izquierda, poniéndose el chaleco y restregándose los ojos. Atraviesa á tientas la escena dirigiéndose á la puerta de entrada

Clem. (Apareciendo.) ¡Va! ¡Va! ¡Ya lo he oido! ¿Quién puede llamar de este modo á la una de la madrugada?... Como no sea el señorito que haya olvidado la llave... (Ha atravesado la escena; da luz al vestíbulo y abre la puerta. Rápidamente entra en escena Ramona en traje de viaje y con un pequeño saco de mano.)

Ram. ¿Está don Carlos Bertier?

Clem. (Iluminando la lámpara de la escena.) No señora... no está...

Ram. Bueno. No importa... ¡Soy su tía!

Clem. ¡La tía Ramona!

Ram. La misma. Acabo de llegar.

Clem. (Deshaciéndose en cortesías.) ¡Ah, señora! Perdone usted... Tome usted asiento... Vendrá usted cansada...

Ram. No, no... A ver... Dígame usted... ¿Dónde está mi sobrino? (Se sienta junto al escritorio.)

Clem. No lo sé. (Clemente toda la escena en el centro.)

Ram. ¿No está en casa?

Clem. No señora.

Ram. ¿No ha recibido un telegrama mío esta tarde?

Clem. Un telegrama ha llegado, en efecto... Véale usted... (Enseñándole un telegrama que habrá sin abrir encima de la mesa de la derecha.)

Ram. ¿Sin abrir?

Clem. Yo no abro nunca la correspondencia del señorito...

Ram. Ahora comprendo por qué no ha bajado á esperarme a la estación. Le decía que llegaba en el tren de las once.

Clem. De las veintitrés.

Ram. ¿Eh?

Clem. En París á las once las llamamos las veintitrés.

Ram. En Marsella á las once las llamamos las once, y ya nos parece que es bastante tarde.

Clem. ¡Cuánto lo va á sentir el señorito!

Ram. Al ver que no estaba Carlos en la estación me fuí al Hotel Metropol, donde tenemos la costumbre de alojarnos desde hace ciento cincuenta años. (Pasada á la derecha.)

Clem. ¡Ah!

Ram. Pero no había habitación... A mi sobrino se le olvidó pedirla.

Clem. No señora, no. No había recibido el telegrama.

Ram. Y decidí tomar un carruaje y venir aquí.

Clem. Muy bien hecho.

Ram. ¿Y, qué... cómo está mi sobrino?

Clem. El señorito está bien... gracias.

Ram. Entendámonos... Usted, amigo mío, tiene, probablemente una idea falsa de mí. Yo no soy una tía de esas de provincia, una señora ridícula que no comprende lo que es la juventud... No... Usted debe saber que yo quiero mucho á mi sobrino...

Clem. Sí, señora.

Ram. Usted estará enterado que yo le pago la carrera, su vida y sus gastos.

Clem. El señorito lo ha dicho cien veces delante de mí, bendiciendo el nombre de su tía Ramona... Tiene siempre la maleta preparada, y al primer aviso de su tía sale pitando para Marsella. ¡Es un buen sobrino!

Ram. Y yo una buena tía... Soy rica y le paso todos los meses...

Clem. Mil francos.

Ram. ¿Es poco? (Levantándose y pasando á la izquierda.)

Clem. Con un fiel criado se puede vivir.

Ram. Muy bien. Ahora, respóndame usted francamente. ¿Dónde está mi sobrino? ¿Cree usted que vendrá á dormir á casa?

Clem. (Con intención.) El señorito Carlos está de juerga en casa de Lucila Blón, la estrella de *Folies Bergere.*

Ram. ¡Ah! (Satisfecha.)

Clem. El señorito Carlos no volverá á casa hasta que empiece á amanecer...; y un poquito alegre, con toda seguridad.

Ram. (Muy contenta.) ¡Magnífico! ¡Así me gusta!

Clem. Le ha invitado á esa casa su íntimo amigo el señorito Adolfo.

Ram. Y ha hecho muy bien. Mi sobrino Carlos es un buen mozo y yo quiero que la corra ahora que es joven. Tiempo tendrá de hacerse formal cuando se encierre en Marsella.

Clem. Sí... Ya sé que allí está su porvenir.

Ram. Un porvenir maravilloso. Una plaza de notario, cuando acabe la carrera y sesenta mil francos al año... ¿Eh? ¿Es poco?

Clem. Conservando á su fiel criado, se podrá vivir...

Ram. Bueno... Pues ya sé lo que voy á hacer... ¿Dónde está la otomana que le envié de Marsella?

Clem. En aquel gabinete. (Señalando la puerta de la ochava del segundo término izquierda.)

Ram. Perfectamente... Pasaré allí la noche... Cuando venga Carlos, no le diga usted nada; déjele que se acueste, y mañana por la mañana, será su tía Ramona la que le lleve el chocolate á la cama... ¿Eh? ¡Qué sorpresa! (Subiendo á la puerta, segunda izquierda, llevándose el bolso.)

Clem. La señora va á pasar muy mal la noche...

Ram. ¡Bah! Retírese usted.

Clem. ¿La señora desea alguna cosa?

Ram. No, no... Váyase á acostar.

Clem. (Abriendo la puerta del gabinete de la ochava del segundo término izquierda y encendiendo la luz cuya

llave estará en el interior.) La llave de la luz está aquí.

Ram. Muy bien.

Clem. ¿La señora no trae equipaje?

Ram. No... Lo he dejado en el hotel, porque ya han quedado en darme mañana la primera habitación que quede libre.

Clem. Buenas noches, señora.

Ram. Buenas, noches. (Entra en el gabinete y cierra.)

Clem. (Va al vestíbulo, segundo término derecha, y apaga la luz, vuelve á escena y apaga la luz también y á tientas vase por la primera izquierda.) Si yo tuviera los millones que tiene la tía, no dormiría en una otomana... Tendría mi buen alojamiento en el Gran Hotel... En fin... (Por el montante del gabinete de la ochava del segundo térmno izquierda, se ve luciendo la lámpara. La escena queda á oscuras un instante. Momentos después, se oye el ruido de una llave en la puerta del vestíbulo.)

ESCENA II

LUCILA y CARLOS. Lucila elegantísima, con traje de soiree, capa y adorno en la cabeza. Carlos, de frac, con sombrero de copa y gabán, enciende la luz del vestíbulo y al salir el aparato de luz que hay en escena.

Car. (A Lucila.) ¿Tienes frío?

Luc. No...

Car. ¿Estás cansada?

Luc. Ni mucho menos. ¡Qué bonita tiene usted la casa, señorito!

Car. Ya te he dicho que no quiero que me llames señorito.

Luc. Sí, sí; es verdad...

Car. Llámame Carlos.

Luc. Que quiere usted... La costumbre... Cuando yo estaba de doncella, usted era el señorito...

Car. Ahora eres una artista.

Luc. Ya lo sé; pero usted .. es el señorito.

Car. Llámame Carlos... Te lo suplico.

Luc. (Amorosa.) ¡Señorito Carlos!

Car. ¡Y dale!

Luc. Bueno... No lo volveré á decir...
Car. ¿Sientes haber venido aquí?... (Se sientan junto á la mesita derecha.)
Luc. No... Pero ¿cuánto durará esto?
Car. ¡Mucho tiempo!
Luc. ¡Ojalá! Tengo tan poca suerte por lo general...
Car. ¡Eres deliciosa! Desde hace tres meses yo te veía en el teatro y me decía: ¡Cómo se parece á Lucila!
Luc. Y esta noche nos hemos colocado juntos en la mesa. . ¡Adolfo ha tenido la culpa!
Car. Adolfo quería que acabásemos mal.
Luc. Y ha concluído todo muy bien.
Car. Y acabará todavía mejor.
Luc. Es bonita esta casa.
Car. Nuestra casa... tienes que decir. ¡Nuestra casa!
Luc. No... No...
Car. ¿Por qué?
Luc. Porque no tengo suerte... ¿Ves que estamos aquí juntos?... Pues todavía temo que algo nos separe... Soy tonta, ¿verdad?
Car. ¡Bah! Un poquito nada más, pero muy poco.
Luc. ¡Cómo ha de ser!
Car. Espera... Voy á coger tu abrigo y apagaré aquí. (Apaga la luz de la escena, se aproxima á Lucila cogiéndola de la mano. Rápidamente se dirige á la primera derecha.) Ven, pasa á esta habitación.
Luc. (Viendo el resplandor de la lámpara á través del montante de la habitación de la ochava segundo término izquierda.) ¡Ah! Allí hay luz.
Car. (Volviéndose.) ¿Dónde? ¡Bah! Ese animal de Clemente ha dejado encendido el gabinete... Es más distraído... (Resueltamente abre la puerta que juega hacia dentro.)
Ram. (Dentro.) ¿Eres tú, Carlos?
Luc. (Aterrada.) ¡Una mujer!
Car. (Cerrando vivamenre la puerta cómicamente asombrado.) ¡Mi tía Ramona!
Ram. Pasa, pasa... Puedes entrar.
Car. En seguida, en seguida... Un momento nada más... (A Lucila.) Es mi tía... Mi tía, que cae aquí sin avisar... Es la primera vez que me ocurre esto...

Luc. ¿Ve usted? Mis presentimientos no me engañaban... Me voy...

Car. Sí, sí... Es preciso que te vayas... Con mi tía aquí... No sé á qué vendrá. (Poniéndola el abrigo.) Pero, mañana nos veremos, ¿eh?

Luc. Ya lo sabía yo... Si no tengo suerte...

Car. No, no... Mañana te buscaré,.. Ahora vete... (Empujándola hasta la puerta.) ¡Adiós! (Vase Lucila por la segunda derecha. Carlos se dirige á la puerta del gabinete, segunda izquierda.) ¡Qué contrariedad! (Abriendo la puerta.) ¡Qué alegría tan grande me da esta sorpresa!

Ram. (Dentro.) ¡Entra, entra, tunante!...

Luc. (Saliendo por la segunda derecha.) ¡Si está cerrada con llave! ¿Cómo salgo de aquí? Pues es una situación divertida... Y si vienen, ¿dónde me oculto? (Oyendo voces en el gabinete del segunde término izquierda.) Van á salir... No ha sido culpa mía... Me esconderé aquí... (Entra en la primera derecha.)

ESCENA III

RAMONA Y CARLOS que salen por la segunda izquierda

Ram. (Saliendo.) Vamos, vamos... No seas tonto... No vale la pena... (Carlos enciende el aparato de luz de escena.)

Car. No me perdonaré nunca esto. . Llegar usted á la estación y no estar yo allí... Por mi culpa va usted á pasar una mala noche.

Ram. ¿Sí? ¿De veras quieres tú mucho á tu tía Ramona?

Car. ¡La adoro!... Ya lo sabe ella.

Ram. ¿Y qué? ¿Te has divertido en esa casa?

Car. Ya siento haber ido... Adolfo me invitó...

Ram. Hizo bien... Ese Adolfo me parece que es un poco juerguista... Pero tú... Tú debes distraerte...

Car. ¡Qué buena es usted, tía! Dios mío... ¡Qué buena es usted!

Ram. ¿Había muchachas bonitas? (1)

Car. ¡Sí...! (Abriendo los ojos con intención.)

(1) Ramona—Carlos.

Ram. ¿Artistas?

Car. Sí... (Idem.)

Ram. ¿Las has hecho el amor?

Car. (Ruborizándose.) ¡Tía!

Ram. Sí, tienes razón... Eso no me importa. Pero recuerda lo que te he dicho siempre ¿eh? Mariposea, hijo mío... Mariposea de una en otra, pero no te detengas: ¡amar, á ninguna!... Nada de pasiones avasalladoras, nada de amores... Caprichos, nada más... Yo quiero que dentro de dos años seas doctor en Derecho y te cases con una provinciana millonaria. ¿Eh? ¿Quién va á obedecer á la tía Ramona? (Inclinándose cómicamente y como si hablase á un niño pequeño.)

Car. ¡Carlos!

Ram. Muy bien. Ahora me voy á dormir... Pienso pasar en París ocho días... ¿Te alegras?

Car. ¡Estoy encantado!

Ram. ¡Pues, buenas noches! (Pasa á la izquierda haciendo ademán de volver al gabinete.)

Car. Buenas noches, tía... (De pronto.) Pero, no, no... Esto no puede ser. (1)

Ram. ¿Qué?

Car. Yo no puedo consentir que usted pase la noche en la otomana.

Ram. ¿Por qué no? ¿Qué más da?

Car. No quiero... Usted se acuesta en mi cuarto y yo me quedaré en la otomana... ¿No faltaba más!

Ram. ¡Bueno, bueno! Puesto que te empeñas... (Como antes.) ¿Quién quiere á la tía Ramona?

Car. (Imitando á los chicos pequeños.) ¡Carlos! (Se dirige á la primera derecha.) Yo mismo arreglaré la habitación... (Abre la puerta y retrocede rápidamente volviendo á cerrar.) ¡Caracoles!

Ram. ¿Qué pasa? (Distraída.)

Car. (Vacilando y contrariado.) Tía... Yo lo siento... pero... no puede usted quedarse en mi cuarto.

Ram. ¿Por qué?

Car. Porque está todo patas arriba...

Ram. No importa, yo pondré un poco de orden. (Avanzando á la puerta. Carlos la detiene.)

---

(1) Carlos—Ramona.

Car. No, no, tía... Es que huele mucho á tabaco, porque como tengo la costumbre de fumar pipa, y ese tabaco de pipa es tan fuerte..

Ram. Pero, si á mí no me molesta el olor del tabaco...

Car. De ningún modo... No puede ser.

Ram. ¡Ah! ¿No puede ser?... (Sospechando algo y volviendo al centro.)

Car. No, no puede ser.

Ram. Bien, bien; no insisto. Anda, llama á tu criado. (Se sienta junto al escritorio.

Car. Si quiere usted alguna cosa, yo puedo buscarla...

Ram. No, no.. llama á Clemente. (Carlos toca al timbre que habrá encima del velador de la derecha.)

Car. Ahora mismo.

Ram. (Disimulando.) Oye... ¿Con quién hablabas cuando llegaste?

Car. ¿Yo? Con nadie.

Ram. No, no... Me pareció oir una conversación..

Carlos ¡Ah! Sí.. Hablaba con mi criado... Con Clemente.

Ram. ¡Ah! Ya... Hablabas con Clemente... ¡claro!...

Carlos Sí, sí... Con Clemente, que me esperaba.

Ram. Comprendo, comprendo...

ESCENA IV

DICHOS y CLEMENTE que sale por la primera izquierda concluyendo de vestirse

Clem. (Desperezándose.) ¿La señora ha llamado? (Viendo a Carlos.) ¡Ah! ¿El señorito ha vuelto ya? Buenas nochés, señorito.

Ram. Está dormido. Ya no se acuerda de que ha estado hablando contigo antes. (1)

Carlos Sí, sí... ¡Estás dormido, animal!

Clem. Sí, señorito.

Ram. Pues despabílese usted y vístase, que tiene usted que acompañarme.

Clem. En seguida. (Vase por la primera izquierda.)

Carlos Pero, ¿se va usted, tía?

---

(1) Carlos—Ramona—Clemente.

Ram. Sí... ¿Dónde está mi sombrero? (Sube al foro á cogerlo y se lo pone.)

Carlos ¿A estas horas?

Ram. No te preocupes. En el Gran Hotel encontraré habitación. Clemente me acompañará.

Carlos De ningún modo. Iré yo con usted.

Ram. Te lo prohibo. Tú estás cansado; tienes necesidad de reposo...

Carlos Tía...

Ram. ¡He dicho que no!... Obedéceme y calla...

Carlos No puede usted figurarse el disgusto que me da. (Pasa Carlos á la izquierda.)

Ram. Yo no he debido venir sin avisar. Soy yo la culpable.

Carlos ¡Ah! Si hubiera estado prevenido...

Ram. Ya me lo figuro, tonto... Lo tendrías todo dispuesto. Tomarías tus precauciones... (Mirando por la cerradura de la puerta primera derecha.) No hubieras fumado tabaco de pipa... ¡Ja, ja, ja! Y no sé por qué me da el corazón que debe ser tabaco rubio el que fumas... (Mirando á la puerta primera derecha con intención.)

Clem. (Sale vestido por la primera izquierda.) Estoy á las órdenes de la señora. (Pasando á segunda derecha.)

Ram. Pues vamos. Hasta mañana, Carlos. Te espero en el hotel á las ocho.

Carlos A las ocho en punto iré.

Ram. Y ya sabes... Mariposea, ¿eh? mariposea... pero, nada más. (A Clemente.) Ha debido usted decirme que mi sobrino solía venir á casa acompañado.

Clem. (Con gran asombro.) ¿Acompañado? ¡Pues es la primera vez que le sucede!

Ram. ¿La primera vez? ¡Demonio! Entonces, esto es grave. (Volviéndose á Carlos) ¿Quién va á querer á su tía Ramona?

Carlos Carlos. (Vase Ramona por la segunda derecha.)

Clem. (Dirigiéndose á Carlos.) ¿Quién va á querer á la tía Ramona?...

Carlos ¡Vete, animal! (Amenazándole. Clemente le indica la habitación de la primera derecha con intención. Carlos le tira un libro y Clemente se va precipitadamente detrás de la tía Ramona por la segunda derecha.)

ESCENA V

CARLOS, luego LUCILA que sale por la primera derecha

Carlos Lo que no me explico es cómo no se ha marchado esta criatura. (Llamándola á la primera derecha.) ¡Lucila! ¡Lucila!

Luc. (Saliendo.) Perdóneme usted, señorito Carlos... No he podido salir.

Carlos ¿Por qué?

Luc. Porque había usted cerrado la puerta con llave.

Carlos ¡Ah!.. ¿Yo?... ¡Qué estúpido soy! ¡Dios mío! ¡Qué estúpido!

Luc. Por eso decidí esconderme... Pero si me hubiera sorprendido la tía, ya había pensado lo que iba á decirla.

Carlos ¡Ah! ¿Sí?

Luc. Sí... Pensaba decir que me había equivocado de piso.

Carlos ¡Ah! Vamos... Pues vale más que no te haya visto.

Luc. ¿Ha visto usted? Mis presentimientos...

Carlos Es verdad; pero, en fin, ya estamos reunidos otra vez. (Se sientan donde la primera vez.)

Luc. Sí; después de haber estado á punto de separarnos.

Carlos Y lo que es ahora, nada nos separará.

Luc. ¿Cree usted?

Carlos ¡Nada! ¿No es verdad, Lucila?

Luc. ¡Señorito Carlos!...

Carlos No me llames señorito.

Luc. Si es que me da mucha vergüenza...

Carlos Ven, acércate... Déjame que te mire... (Suena el timbre dentro de la puerta de entrada.) ¡Otra vez! (Se levantan.)

Luc. Decididamente, esto no puede ser. (Se oye otra vez el timbre.)

Carlos Es aquí... no cabe duda.

Luc. ¿Qué hacemos?

Carlos Muy sencillo. Entra en esa habitación un instante. El tiempo de ver quién es, tirarle por la escalera y volver.

Luc. (Entrando en la primera derecha.) No; si yo sé que no tengo suerte... Esto acabará mal.

Carlos Esto acabará bien. (Entra Lucila en la primera derecha y Carlos se dirige á la puerta segunda derecha.) ¿Quién será?

ESCENA VI

CARLOS y ADOLFO. Adolfo entra seguido de Carlos por la segunda derecha. Viene vestido de frac y gabán. Traerá una maleta en la mano. Los dos se sientan en las sillas de junto al escritorio de frente á primera derecha

Carlos ¡Adolfo! ¡Tú! ¿Eres tú?

Adolfo Yo, sí... yo.

Carlos ¿Qué te sucede?

Adolfo Acabo de tener una escena horrible con Albertina. (Tiene la maleta encima de las rodillas.)

Carlos ¿Por qué?

Adolfo Porque durante la cena ha estado coqueteando con Cornichón. ¿No te has fijado?

Carlos Hombre, yo... He visto que bromeaban.

Adolfo A los postres se fueron juntos al balcón y allí estuvieron solos media hora.

Carlos ¿Y qué?

Adolfo ¡Cómo! Figúrate mi sofocón. Media hora con Cornichón en un balcón... ¡Yo no tolero eso! (De un golpe le pasa la maleta á las rodillas de Carlos.)

Carlos ¡Tú estás loco!

Adolfo No. Yo conozco á Cornichón. Antes, cuando era periodista, se permitía muchas libertades con las damas. Ahora, que es periodista y autor, cree que ninguna se le resiste.

Carlos No comprendo una palabra...

Adolfo Los he dejado juntitos, he ido á casa, he metido en la maleta una camisa de dormir y un peine, y he venido aquí, donde tú que eres mi mejor amigo, me prestarás una butaca para pasar la noche.

Carlos Muy bien... (Idéntico juego con la maleta, hecho por Carlos.) Me parece muy bien. Pero ya verás cómo te despiertas mañana con dolor de riñones, y cómo me suplicas que vaya á pedir perdón á Albertina.

Adolfo Te equivocas.

Carlos Estoy seguro. (Levantándose y quedando en el centro.) ¡No falla nunca! Lo único que debo advertirte es, que mañana no estoy libre. Tengo que acompañar á mi tía.

Adolfo Mira, Carlos. Entre Albertina y yo, todo ha concluído.

Carlos Como quieras. Acuéstate en la otomana, y procura dormir si puedes. Buenas noches.

Adolfo ¡Hombre! (Dándole la maleta que estaba en el suelo y muy agitado.) Me parece que deberías defender un poco á Albertina... Albertina te quiere mucho...

Carlos Sí; pero puesto que estás decidido á romper...

Adolfo Cualquiera diría que mis asuntos no te interesan

Carlos No es eso, Adolfo... Es que estoy cansado... Son las tres de la mañana.

Adolfo (Un poco molesto.) Bien, bien... Hasta mañana.

Carlos En fin... hay que decirlo todo... Has de saber que no estoy solo.

Adolfo ¿No? ¡Ah! Ya sé... Lucila.

Carlos ¡Sí!

Adolfo Entonces comprendo que mis asuntos te importunen... Queda con Dios. (Se dirige al gabinete del segundo término izquierda.)

Carlos Hasta mañana, ¿eh?

Adolfo Pero si regañáis y tienes gana de conversación, llámame. Yo no he de dormir... Me echaré vestido.

Carlos Hombre, te vas á arrugar todo el traje.

Adolfo No, me pondré encima la camisa de dormir: lo tengo todo previsto.

Carlos Ya lo veo: adiós. (Vase Adolfo por la segunda izquierda.)

ESCENA VII

CARLOS y LUCILA que sale por la primera derecha

Carlos Ya puedes salir, Lucila. No era nada.

Luc. ¿Pues quién llamaba?

Carlos Adolfo, que ha reñido con Albertina, y ha venido á pedirme hospitalidad.

Luc. Me figuré que tendrían escena. Ella ha esta-

do coqueteando con Cornichón toda la noche.

Carlos ¡Bah! Todo se arreglará.

Luc. ¿Le ha dicho usted á Adolfo que estaba yo aquí?

Carlos ¿Yo? ¿Por quién me tomas á mí? No he dicho una palabra. ¡Ni una sola palabra! (Se sientan otra vez donde antes.)

Luc. Me alegro. Porque si esto no ha de durar, vale más que quede entre nosotros.

Carlos ¡Lucila!

Luc. No, no... Si yo me resigno. Ya sé que no tengo suerte...

Carlos Vamos... Venga esa manita.

Luc. Aquí está.

Carlos Te voy á hacer muy dichosa, muy dichosa. Ya verás. (Acariciándola.)

Luc. Me puse tan contenta esta noche cuando me dijo usted: «¿Quiere usted que la acom pañe»?

Carlos El amor es una cosa divina, ¿verdad? Unas cuantas palabras unen á dos personas...

Luc. Sí... y otras pocas las separan.

Carlos Esas no las pronunciaremos nosotros jamás.

Luc. ¡Jamás!

(Se oye el timbre de la puerta.)

Carlos (Poniéndose en pie.) ¡Eh!

Luc. ¡Parece una broma!

(Se oye otra vez el timbre.)

Carlos Pero muy pesada.

Luc. A mí me va á dar un ataque de nervios.

Carlos ¡Aquí no, por Dios! Pasa á esta habitación.

Luc. Sí... Pero inmediatamente que el camino esté libre, me iré. ¡Yo no lucho contra el destino! (Entra en la primera derecha, nerviosísima. Se oye otra vez el timbre.)

Carlos Yo no sé quién está detrás de esa puerta, pero buen recibimiento le aguarda. (Se dirige á la puerta.) ¿Quién llama? (Vase segunda derecha.)

Alb. (Dentro.) Soy yo...

Carlos ¿Quién es usted? (Dentro.)

Alb. Yo... Albertina. (Dentro.)

Carlos ¡Cómo! Albertina... Perdóneme usted... ¡Adelante! ¡Adelante!... Si debí figurármelo.. (Dentro.)

ESCENA VIII

CARLOS y ALBERTINA. Albertina, lujosamente vestida de «soirée», entra precipitadamente

Alb. (Saliendo por la segunda derecha.) ¿Está aquí Adolfo?

Carlos Sí... (Quitándole la salida de teatro que deja en el sillón del foro.)

Alb. ¡Estaba segura! Cuando llegué á casa y no le ví...

Carlos Pensó usted: «Está en casa de Carlos».

Alb. Y he corrido hasta aquí como una loca. (Se sienta á la izquierda.)

Carlos Muy bien. Ahora harán ustedes las paces... Aguarde usted un momento... (Se dirige á la primera derecha.) No es nada, Lucila... Adolfo riñó con Albertina, y vino á dormir á mi casa; y ahora viene Albertina á buscar á Adolfo .. Puedes salir.

Alb. ¡Ah! Pero es Lucila...

Carlos Sí. Se conoce que estas idas y venidas la han asustado... Además; cuando vinimos, encontré aquí á mi tía... Pero, ¿qué pasa? ¡No contesta!... (Entra un instante en la primera derecha.)

Alb. Créame usted que siento venir á molestarle...

Carlos (Saliendo.) ¡Caracoles! ¡Se ha desmayado!...

Alb. ¡Dios mío! ¡Desmayada!...

Carlos Sí... pero no será nada .. Voy á refrescarle las sienes con un poco de vinagre... En el cuarto de baño debo tener el frasco... (Pasa por delante de ella hacia primera izquierda.)

Alb. ¿Dónde está Adolfo? (Deteniéndole.)

Carlos Ahí... en el gabinete... (Señalando la puerta segunda izquierda.) Entiéndanse ustedes, y en todo caso, llámeme...

Alb. (Deteniendole.) Un instante, Carlos. Si le llamo yo no va á querer salir...

Carlos ¿No?

Alb. No... Vale más que le llame usted... Luego, nos deja usted solos...

Carlos Bueno, bueno.... Pero ¿cree usted que no correrá peligro Lucila, que está desmayada?

Alb. ¡Cá! Mientras esté así descansa.

Carlos Bien, bien... (Llama á la puerta del gabinete, segundo término izquierda.) ¡Adolfo! ¡Adolfo!

Adolfo (Dentro.) ¿Qué?

Carlos ¿Duermes?

Adolfo Empezaba á quedarme dormido...

Carlos Tengo que hablarte.

Adolfo Voy en seguida.

Carlos Ya viene... (Pasando á derecha.) Hasta luego... ¿Dice usted que el vinagre en las sienes es bueno?

Alb. Sí... Y si no vuelve, desabróchela usted el vestido...

Carlos Voy ahora mismo... (Vase por la primera derecha.)

ESCENA IX

ALBERTINA y ADOLFO

Adolfo sale con la camisa de dormir puesta por la segunda izquierda. Albertina se oculta detrás de la butaca que hay al foro al lado de la chimenea

Adolfo Aquí estoy... (Mirando desde el centro á todas partes.) ¡Ah! (Viendo á Albertina.) Era una emboscada... Me llama Carlos y me encuentro con la señora de Cornichón.

Alb. Adolfo, te lo suplico... No me hables en ese tono. Vengo para tener contigo una explicación... Tú no puedes negármela.

Adolfo Pues te la niego. (Se queda en la derecha.)

Alb. No... No se terminan así unas relaciones de tres años por una pequeñez... Eso no está bien, ni es digno de ti. Hablemos, y si no llegamos á entendernos, ya veremos lo que se hace... Pero antes hablemos. Tú me acusas... Déjame defenderme.

Adolfo (Sentándose.) ¡Sea!

Alb. (Riendo.) ¡Vamos! Tú no puedes tener celos de Cornichón.

Adolfo Yo no tengo celos de Cornichón, pero no quiero estar en ridículo.

Alb. De manera que, después de consagrarme á ti por espacio de tres años; después de aceptar la vida que has querido imponerme sin

la menor protesta; después de quererte como tú sabes que te quiero, yo voy á perder la cabeza por el primer Cornichón que me haga el amor... Vamos... Es inconcebible... Reflexiona, Adolfo, que eso sería absurdo.

Adolfo ¡Oh! Si te dejan hablar. (Pasa nervioso á la izquierda y se sienta.)

Alb. No, Adolfo... Es tonto que nos demos estos malos ratos... Nosotros no podríamos vivir el uno sin el otro ..

Adolfo ¡Eso está por ver!

Alb. Pero, en fin, aun suponiendo que yo haya coqueteado inocentemente, te lo juro, siempre será una falta ligera... y la primera falta, después de todo, se debe perdonar.

Adolfo Esta noche he sido el hazme reir de todo París.

Alb. No lo creas. Me conoce bien todo el mundo... Saben todos que soy una muchacha formal y que tú has sido mi primero, mi único amor... Yo no he sido tan severa contigo cuando te he visto hablar con otras mujeres...

Adolfo No... Si ahora resultará que soy yo el culpable.

ESCENA X

DICHOS y CARLOS, que sale por la primera derecha (1)

Carlos Perdonad si os interrumpo. Lucila sigue mal .. Tiene sed... Voy al comedor á prepararle un vaso de agua con azúcar... (Atraviesa la escena.) ¿Y qué? ¿Cómo va eso? ¿Habeis hecho las paces?

Alb. Todavía no.

Adolfo Mira, vete á buscar el vaso de agua y déjanos en paz, ¿oyes?

Carlos (Pasa por delante y en la puerta de la izquierda.) ¡Voy! ¡Voy! Por lo visto sigue indigestado Cornichón... (Vase por la primera izquierda.)

---

(1) Carlos—Albertina—Adolfo.

ESCENA XI

ALBERTINA y ADOLFO

Alb. ¿Qué has decidido? ¿Piensas pasar aquí la noche?

Adolfo Estoy decidido.

Alb. Eso es que quieres romper...

Adolfo Quiero ver si podemos separarnos... Si no pudiésemos, siempre estaríamos á tiempo.

Alb. ¡Ah, no!... ¡Eso no! ¡De ningún modo! Si quieres terminar conmigo, yo no puedo impedirlo. A la fuerza no te retengo... Pero te aviso que no estaré á tu disposición... Reflexiona...

Adolfo No hay nada más admirable que la manera de discutir de las mujeres... (Pasando derecha.) Ahora va á parecer que soy yo quien se conduce mal. ¡Pues no! Estoy decidido... ¿Lo oyes? ¡Todo ha terminado entre nosotros!

Alb. Está bien... Está bien. ¡Como quieras! No creas que me voy á echar á tus pies...

Adolfo Esto no quiere decir que yo te abandone... Yo haré las cosas bien.

Alb. ¡Oh! No te molestes... No te pido nada... Sé lo que he de hacer. No ha de faltarme nunca...

Adolfo ¿Cornichón?

Alb. Cornichón, ó quien á ti no te importa.

Adolfo ¿Sí, eh? Pues buena suerte! (Vase furioso y cierra la puerta del gabinete, segundo término izquierda, dando un portazo.)

Alb. (Vuelve la cabeza, ve que Adolfo se ha ido y furiosa se levanta.) ¡Eh! ¿Se va?.. ¡Ah! ¡Canalla! ¡Canalla! (Golpeando la puerta por donde se ha ido Adolfo y luego bajando desconsolada se sienta en la silla junto á la mesita de la derecha.)

ESCENA XII

ALBERTINA y CARLOS, que sale por la primera izquierda con una copa con agua, platillo, cucharilla y tres terrones de azúcar

Carlos He puesto tres terrones de azúcar. (Viendo á Albertina.) ¡Cómo! ¿Está usted sola?

Alb. Sola, sí... Más sola de lo que usted cree.

Carlos ¿Adolfo se fué? (Pasando despacio hacia primera derecha.)

Alb. No; se ha encerrado en el gabinete.

Carlos ¿Todavía dura el enfado?

Alb. No es un enfado... ¡Es una ruptura!

Carlos (Dejando el vaso sobre el velador de la derecha y sentándose en el sillón junto á Albertina.) ¿Qué dice usted?

Alb. Que Adolfo quiere romper.

Carlos Usted debió dejar pasar la noche... Mañana...

Alb. Sería lo mismo. Carlos, usted es un muchacho inteligente.

Carlos (Convencido.) ¡Sí!

Alb. Entre la falta que Adolfo me reprocha y su severidad existe tal desproporción, que me hace sospechar...

Carlos ¿Qué?

Alb. Pues que Adolfo se casa... ¡ni más ni menos!

Carlos ¡Bah! Me lo hubiera dicho... Lo sabría yo, que soy su mejor amigo.

Alb. No. El sabe que usted es leal, que me hubiera usted prevenido.

Carlos No, no es posible... Yo no puedo creer que Adolfo la deje á usted. ¡Sé cuánto la quiere!

Alb. Y eso qué importa.. Como las modistas, como las costureras, nosotras, las mujeres de teatro, no suponemos nada en la vida de juventud de los estudiantes. Se nos confunde á unas con otras. Se nos hace el amor para pasar el rato un par de años y luego... ¡si te he visto no me acuerdo! No, si no lo siento; ya lo ve usted. (Se levanta.) Lo único que me indigna es que me haya tomado por una imbécil. No... Yo quiero que sepa que me he enterado de que Cornichón era un pretexto, un pretexto que Adolfo buscaba para irse allá, á su provincia, á casarse con alguna niña pava que le lleve medio millón de dote. (Al centro.)

Carlos ¿Va usted á decirle eso? (Al centro.)

Alb. No... Yo no se lo diré. A mí me contestará que no es verdad... ¡Mentira!

Carlos Es posible...

Alb. Pero á usted no se lo negará.

Carlos ¿A mí?

Alb. Sí... Usted le hará confesar.

Carlos Albertina... Yo la quiero á usted mucho, la serviría en todo lo que me pidiese, pero...

Luc. (Dentro) ¡Agua! ¡Agua!

Carlos ¡Ah! ¡Demonio! Había olvidado á Lucila... (Coge el vaso de agua de encima del velador.) Con permiso de usted...

Alb. (Quitándole el vaso.) No, déjeme usted... Yo se le llevaré... (Pasa á la derecha.)

Carlos Albertina, me va usted á hacer el favor de irse á casita tranquilamente

Alb. Yo no saldré de aquí hasta dejar este asunto resuelto... (Bebe agua) En cuanto hable usted con Adolfo y le arranque el secreto, me llama usted. (Bebe agua.)

Carlos Eso es; la llamo á usted y se pasan lo que queda de noche regañando en mi casa.

Alb. Usted no se negará á hacerme este favor que le pido...

Luc. (Dentro.) Agua, ¡por Dios! ¡Agua!

Alb. ¡Ya voy! ¡Ya voy! Cuidado que es exigente esta muchacha... (Medio mutis primera derecha.)

Carlos Es que yo no sé cómo hablar á Adolfo de ese asunto.

Alb. Pero si es muy sencillo... (Dejando el vaso sobre el velador.) Ahora le llama usted... Saldrá él... Usted se acerca, le coloca las manos sobre los hombros, (Lo hace conforme lo va diciendo. En el centro de la escena.) le mira usted fijamente y le dice usted de pronto:—Conque te casas, ¿eh?

Carlos ¿Y qué me va á contestar él?...

Alb. El contestará: (Imitándole.) ¿Quién te lo ha dicho?—Y luego siguen ustedes hablando... Lo demás no tiene importancia... ¿Lo hará usted así? Bueno; pues ahí se queda usted. Yo voy á llevar el agua á Lucila.

Luc. (Dentro.) ¡Agua, Carlos, agua!

Alb. ¡Ya va! ¡Ya va! ¡Qué impaciente! (Vase primera derecha moviendo la cucharilla en el vaso.)

ESCENA XIII

CARLOS. Luego ADOLFO, por la segunda izquierda, sin la camisa de dormir y con el frac puesto encima

Carlos (Pausa.) Vaya si tiene bemoles el encarguito... Pero no hay más remedio... (Llama en la puerta del gabinete, segundo término izquierda.) Adolfo... Soy yo... Tengo que hablarte...

Adolfo (Dentro.) No te molestes; no me vuelves á engañar.

Carlos Te juro que estoy solo...

Adolfo (Dentro.) ¿Se fué Albertina?

Carlos Sí... (¡Dios mío! ¡Ya comienzo á mentir!)

Adolfo (Dentro.) ¿Palabra de honor?

Carlos ¡Palabra! (¡Ya soy perjuro!)

Adolfo (Dentro.) Eso es otra cosa. (Abre la puerta y sale.) ¿Qué te pasa? ¿Está mejor Lucila?

Carlos Sí, está bien, gracias... Pero no se trata de eso...

Adolfo ¿De qué se trata entonces?

Carlos ¡¡Nada, colócate aquí!! (Colócale la mano en el hombro imitando la postura y los gestos que hizo Albertina y le mira fijamente. Luego le dice:) Conque te casas, ¿eh?

Adolfo (Asombrado y haciendo el mismo gesto cómico que hizo Albertina.) ¿Quién te lo ha dicho?

Carlos ¡Esta es buena! (Riendo á carcajadas.) ¡Pues, era verdad!

Adolfo ¿Qué dices?

Carlos Que me asombra que no me hayas dicho una palabra.

Adolfo No te he dicho nada porque no acababa de decidirme.

Carlos Luego entonces, ¿no quieres á Albertina?

Adolfo ¡Pues si esa era la dificultad! ¡Que la quiero!

Carlos ¡Ah!

Adolfo Pero desde hace un mes mis padres tienen invitada en nuestra posesión de Brives á una viudita de veinticinco años, guapa, elegante y rica... Quieren casarme con ella y me están aburriendo á telegramas para que vaya.

Carlos ¿Y á ti te gusta esa viudita?

Adolfo Ya te digo que es joven, guapa, rica... Un hombre razonable no debe dudar ni un instante.

Carlos Pero, Albertina...

Adolfo Eso me detenía, precisamente... Pero esta noche, la rabia de ver á Albertina coqueteando con Cornichón, me ha hecho cambiar de opinión.

Carlos ¡Comprendo! ¡Comprendo!

Adolfo He pensado que no debía perder una ocasión como la que se me presenta por seguir con una mujer que más tarde ó más temprano me hará una trastada.

Carlos No, eso sí que no... Albertina es una buena muchacha... Di que te quieres casar con la viuda... Perfectamente. Estás en tu derecho. Pero no desprecies á Albertina.

Adolfo Tú eres tonto, y ella es... una embustera. (Pasa á la derecha.) Si yo no rompo hoy con Albertina, no podré romper nunca.

Carlos Muy bien... Puesto que todos los razonamientos que te haga no han de convencerte, no me queda otro recurso... (Pasando á la derecha. Se dirige á la primera puerta derecha.)

Adolfo ¿Dónde vas?

Carlos Voy á llamar á Albertina.

Adolfo Pero, ¿está aquí?

Carlos Sí.

Adolfo ¡Te prohibo que la llames!

Carlos Se lo he prometido.

Adolfo Eres un embustero, un hipócrita, un mal amigo. Tú no la llamarás.

Carlos Esa muchacha tiene derecho á una explicación. Creo que debes hablar con Albertina.

Adolfo Y yo te digo que no hablaré... Espera... (Desaparece un instante, metiéndose en el gabinete segundo término izquierda.)

Carlos La verdad es que entre unos y otros me están dando una nochecita...

Adolfo (Sale por la segunda izquierda con el gabán y el sombrero puesto y la maleta en la mano.) La dirás que me voy para siempre y que es inútil que trate de buscarme.

Carlos ¡Eso es! Y me armará un escándalo.

Adolfo ¿Qué hora es?

Carlos (Mirando al reloj.) Las seis y cuarenta y cinco.

Adolfo (Saca un indicador de ferrocarriles del bolsillo del gabán y pasando á derecha detrás del velador.) Voy á ver la hora de salida de los trenes.

Carlos Pero, ¿traes una guía y todo?

Adolfo Sí... La compré hace un mes para ir haciendo coraje, ¿sabes?... Aquí está: hay un tren rápido á las siete y diez... En un automóvil llego á tiempo de cogerle.

Carlos ¿Y te vas á Brives la Gallarda?

Adolfo ¡A Brives la Gallarda! Con mis padres y con la viudita.

Carlos ¿Y cuándo volverás?

Adolfo En cuanto saiga casado de la iglesia. Y, ahora, adiós. Da un abrazo á Lucila de mi parte.

Carlos No sé si tendré tiempo.

Adolfo ¡Hasta la vuelta! (Vase corriendo por la segunda derecha.)

ESCENA XIV

CARLOS; luego ALBERTINA por el primer término derecha

Carlos Parece que empieza á reinar un poco de tranquilidad... ¿Qué hago ahora de Albertina? Voy á ver si la convenzo para que nos deje... (Acercándose á la primera derecha.) Albertina... ¿hace usted el favor?

Alb. (Dentro.) ¡Voy!

Carlos (Desde la puerta.) Espérame un instante, Lucila; acabo en seguida.

Luc. (Dentro.) Ya aguardo, ya...

Alb. (Saliendo de la puerta primera derecha. Carlos vuelve al centro.) ¿Qué? ¿Habló usted con él? (1)

Carlos Sí; tenía usted razón... ¡Se casa!

Alb. (Transición; cólera, dolor, rabia, despecho, asombro y estupefacción, todo junto.) ¡Se casa! ¡Ah! ¡Ah!... ¡Nunca lo hubiera creído!

Carlos ¿Cómo que no? Pero, si usted misma me lo ha dicho...

Alb. Sí... Yo lo he dicho... pero no lo creía. (Se

---

(1) Albertina—Carlos.

sienta de espaldas á Carlos, junto á la mesita de la derecha.)

Carlos Comprendo que es muy doloroso para usted... pero, no tiene remedio.

Alb. ¡Ah! (Subiendo furiosa al foro y bajando por la izquierda á primer término.) ¡Cuánto siento ahora no haberle engañado!... Porque, ¡vaya si me han sobrado las ocasiones!.. Menos usted, todos los amigos me han hecho el amor... Pero, ¡ahí tiene usted! He sido fiel... Fiel como un perro... Es que le quería y ¡claro!

Carlos Y, además, que usted es fiel por temperamento...

Alb. Sí... Es mi temperamento... Fiel y constante... ¡Un asco de temperamento!... Y qué... ¿Cuándo es la boda?

Carlos No lo sé.

Alb. Bien... Ahora hablaré yo con él y me lo dirá.

Carlos Me ha prometido que escribirá.

Alb. ¡Cómo! Pero, ¿se ha marchado?

Carlos Sí.

Alb. ¡Y le ha dejado usted que se fuera!... (Furiosa y cogiendo á Carlos por las solapas del frac.) ¿No le ha prohibido usted?... ¿No le ha detenido por el cuello del gabán?... ¡Ah, Carlos, Carlos!... ¡Qué mal amigo es usted!

Carlos ¡Qué quiere usted! No me ha sido posible detenerle. .

Alb. ¡Pero, es que yo necesito verle, hablarle!... Yo no soy una mujer que se arroja al suelo como la colilla de un pitillo..

Carlos Mire usted, Albertina... Lo que usted debe hacer, es irse á su casa... Descanse usted... Mañana iré yo á verla y hablaremos.

Alb. ¡Oh! ¡Es horrible! ¡Horrible... Abandonarme así... Es abominable... (Pasando derecha. Se deja caer en la sila de espaldas á Carlos. Durante el parrafo anterior, intercala gritos agudos, como si se fuera á desmayar.)

Carlos (¡Con tal de que no se desmaye como la otra!)

Alb. (Repentinamente.) Pero, no... Esto no puede ser... Hay que intentar alguna cosa... (A media voz.)

Carlos ¿Que dice usted?

Alb. No.. nada. (Sin hacerle caso.)

Carlos ¿Quiere usted un poco de agua?

Alb. No, gracias...

Carlos Verdaderamente, yo no puedo dejarla aquí sola.

Alb. (Aparte.) ¡El único que puede lograr que Adolfo vuelva, es Carlos!

Carlos ¿No le parece á usted que para reflexionar estaría usted mejor en su casa?

Alb. (Aparte.) ¡El solo puedo hacerlo! ¡Veamos! (A Carlos. Se levanta.) Sí; tiene usted razón... (Fingiendo una cómica resignación.) No tengo derecho á molestar á usted con el espectáculo de mis lágrimas... Pero, en fin; lo único que puedo decir, es: que estoy desesperada.

Carlos Eso pasará con el tiempo... Ya verá usted... Todo pasa.

Alb. (Extraviando la mirada de un modo bufo y yendo á Carlos.) Adiós, Carlos... Es usted el amigo que más he querido... Le quedo muy reconocida por todas sus atenciones... ¡Adiós!

Carlos No se apure usted... Todo se arreglará.

Alb. ¡No!... ¡Adiós! (Con acento tragi-cómico y subiendo á la puerta segunda derecha, pero sin llegar.)

Carlos Albertina... Usted tiene pensamientos siniestros.

Alb. ¡Estoy desesperada!... ¡Yo sé cómo pondré fin á mi desesperación! ¡Adiós!

Carlos Albertina... No diga usted eso... ¡No, no! Yo no la puedo á usted dejar que se vaya así...

Alb. Es inútil... Mi resolución es irrevocable... Me voy... ¡Adiós! (Observándole de reojo para ver si se conmueve.)

Carlos (Muy conmovido.) No quiero oirla decir eso... (Albertina mueve negativamente la cabeza.) Espere usted. (La trae al centro. Mira su reloj.) No... Ya es tarde...

Alb. (Vivamente.) ¿Qué?

Carlos Que son las siete y cinco. El tren parte en este momento.

Alb. ¿Se ha ido á Brives? ¿Con su familia?

Carlos Sí.

Alb. Entonces, no hay esperanza... (El mismo juego de antes.) ¡Adiós!

Carlos ¡Por Dios, Albertina!... No hable usted de ese modo... Yo no quiero que atente usted contra su vida... En fin... Yo mismo iré á buscarle... Le convenceré.

Alb. (Radiante y volviendo al centro.) ¿Usted, Carlos?... ¿Usted hará eso?

Carlos Sí; lo haré... ¡Porque no hay más remedio, pero lo haré!

Alb. ¡Ah, Carlos! Me ha salvado usted la vida... Estaba decidida á matarme al salir de aquí.

Carlos (Pasando y cogiendo la guía de encima del velador, que se habrá dejado Adolfo.) Justamente, ha dejado aquí la guía .. (Leyendo.) Esto es... Saldré esta noche en el tren de las ocho...

Alb. (Acercándose á mirar apoyada en el hombro de Carlos.) ¿No hay ningún tren antes?

Carlos (Mirando á la primera derecha con intención.) No...

Alb. Sí... Sí le hay... Mire usted... Aquí... Uno que sale á las siete y cincuenta de la mañana; dentro de tres cuartos de hora.

Carlos Pero es un mixto...

Alb. Llega á Brives esta tarde á las cuatro.

Carlos Ocho horas para hacer un viaje que dura dos.

Alb. (Con fingida resignación.) Está bien... No se moleste usted, Carlos... Será mejor...

Carlos ¿Qué dice usted? (Pasando al centro.)

Alb. Que no tiene usted necesidad de salir en el tren de esta noche... Llegaría usted tarde para evitar lo inevitable... ¡Adiós! (Con acento tragico y el juego anterior.)

Carlos (Resuelto y desesperado.) Albertina... Voy á coger ahora mismo ese tren mixto... pero no es usted nada razonable.

Alb. ¡Es una cuestión de vida ó muerte para mí, Carlos!

Carlos (Llamando al timbre.) ¡Crea usted que es un sacrificio, un verdadero sacrificio!

Alb. Tengo confianza en usted.

Carlos ¡Puede usted tenerla!

Alb. Volverá usted mañana con Adolfo, ¿verdad?

Carlos ¡Volveré con Adolfo, vivo ó muerto!

Alb. Le prefiero vivo... ¡Gracias! Hasta mañana, Carlos.

Carlos Adiós, Albertina... (Acompañándola á segunda derecha.)

Alb. Pasaré por la estación para verle salir...

Carlos ¿Desconfía usted?

Alb. No, no... ¡Adiós!

Carlos ¡Adiós! (Vase Albertina muy contenta por la segunda derecha.)

ESCENA XV

CARLOS y CLEMENTE. Luego LUCILA

Carlos Caramba... caramba... (A Clemente que ha salido un poco antes de irse Albertina por la primera izquierda.) ¡Ah! ¿Eres tú?

Clem. ¿Ha llamado el señorito? ¿Necesita algo el señorito?

Carlos Sí; mi abrigo, mi sombrero y mi maleta.

Clem. En seguida (Le pone el abrigo y el sombrero que estará en escena sobre una butaca.

Carlos ¿Qué va á decir mi tía mañana?

Clem. ¿Va de viaje el señorito?

Carlos Clemente, vé á ver á mi tía y dile que me he visto obligado á salir para Brives la Gallarda: asuntos graves, pero que vuelvo inmediatamente...

Clem. Muy bien. (Vase por la segunda izquierda á por l maleta.)

Carlos (Con el gabán y el sombrero puestos.) Veamos.. ¿no se me olvida nada?

Luc. (Saliendo por la primera derecha.) Pero, señorito Carlos...

Carlos ¡Ah! Lucila... Ya sabía yo que se me olvidaba alguna cosa... Escucha, Lucila... Estoy en un conflicto horrible, y tengo que salir ahora mismo para Brives la Gallarda... Pero, no te impacientes; vuelvo en el acto...

Luc. ¿Que se va usted á Brives?

Clem. (Saliendo por la segunda izquierda con la maleta.) ¡Todo está listo, señorito!

Carlos No tengo que decirte que aquí estás en tu casa y que mi criado se queda á tu disposición... Espérame, que vuelvo... espérame... (Vase precipitadamente por la segunda derecha. Estupefacción en Lucila. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ADVERTENCIAS

Muebles.—Sillería tapizada de gabinete. Cuatro sillas volantes tapizadas. Al foro centro chimenea con pantalla y un cuadro grande con marco dorado encima. Una butaca á la izquierda y dos almohadones delante. A la izquierda, mesa modernista de escritorio con sillón de despacho. A la derecha, velador, alrededor dos sillas volantes y butaca, delante de ésta, otros dos almohadones. Cuatro maceteros con tiestos con plantas de salón. Alfombra. Aparatos de luz eléctrica en las dos ochavas, segundos términos, por dentro con su llave que se encienden y apagan á su tiempo. Otro aparato en escena pendiente del techo en el centro con su llave á la entrada de la ochava del foro derecha que es la puerta de entrada á la casa; este aparato se enciende y se apaga á su tiempo. En el centro de la escena, encima de la alfombra, un tapiz en forma de alfombrín.

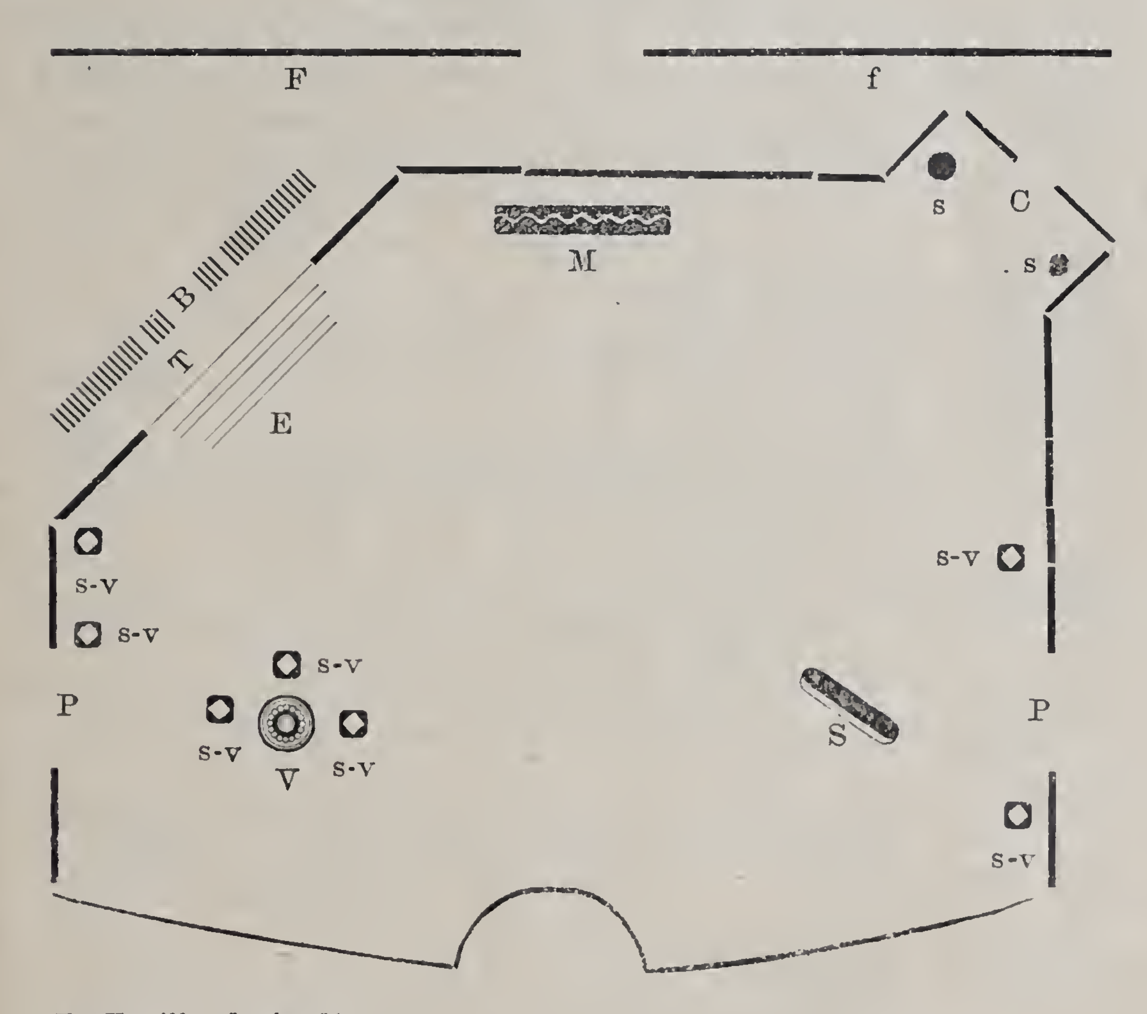
Guardarropía.—Encima de la chimenea, reloj, y figuras de bronce, y objetos de arte, y unas novelas en rústica que se tirarán á su tiempo al suelo. En las columnas ó maceteros tiestos de porcelana con plantas de salón. Encima del velador, un tapetito blanco calado, dos periódicos de modas, un centro con flores, un telegrama cerrado y timbre eléctrico. Encima de la mesita de escritorio, carpeta, escribanía, papel de cartas y sobres. Al lado de esta mesita, una cigarrera, de las de pie, con cigarros de papel y cerillas.

Advertencia.—Todas las cuatro puertas de la decoración tendrán sus mirillas y resbalones dorados, para que dichas puertas queden bien cerradas siempre que se cierren.

Objetos de mano.—Dos maletas elegantes. Un cabás de señora elegante. Cerradura con llave para hacer el ruido dentro. Timbre de puerta de entrada. Una guía de ferrocarriles. Una copa de agua con su platillo, cucharilla y tres terrones de azúcar.



ACTO SEGUNDO



F=Forillo de jardín.
f=Forillo salón.
P=Puertas.
C=Cristalería concentrada al comedor.
B=Balaustrada.
T=Terraza.
E=Escalones.
M—Mueble-biblioteca.
S=Sofá.
V=Velador.
s=Sillones.
s-v=Sillas volantes.

Un gran salón en el Castillo de los señores de Morlán en Brives. Una gran puerta al jardín en la ochava del foro derecha con escalinata en forma de una sarret. Al foro izquierda, en la otra ochava, gran puerta de cristales que da al comedor. Por el foro derecha entran los personajes que vienen de la calle y por mismo (izquierda) se va al jardín de la propiedad. Puertas en los primeros términos derecha é izquierda. Mobiliario elegante. Es de día. Luz de sol en el jardín.

ESCENA PRIMERA

La SEÑORA DE MORLÁN, el SEÑOR MORLÁN. Luego PRESENTACIÓN. Ambos, viejos ya, simpáticos, alegres, visten con lujo. Contemplan el jardín vueltos de espaldas á la escena

Sr. Mor. ¿Qué tiempo, eh?

Sra. Mor. ¡Maravilloso!

Sr. Mor. Mira... colócate así... De frente...

Sra. Mor. Ya estoy...

Sr. Mor. Admira ese efecto de luz sobre los tilos... ¿No ves?... Parece que las ramas están iluminadas.

Sra. Mor. Es verdad.

Sr. Mor. Es un espectáculo que no me canso nunca de admirar.

Sra. Mor. Veo que estás contento, y me alegro. (Bajando al centro.)

Sr. Mor. ¿Y cómo no estarlo? Desde la llegada de nuestro hijo Adolfo estoy loco de alegría...

Sra. Mor. Y yo... yo también... Me parece un sueño (1).

Sr. Mor. ¡Figúrate!... Sorprendernos con su visita; ya desesperaba de que viniese.

Sra. Mor. Y cuando Presentación, la viuda, empezaba á impacientarse y hablaba ya de irse.

Sr. Mor. Pero, ya has visto lo rápidamente que han ido las cosas... Adolfo llegó á las dos de la tarde, y, á las cinco, ya estaba acordado el matrimonio.

Sra. Mor. Tú no sabes lo que yo deseaba que se hiciera este matrimonio.

---

(1) Señora de Morlán--Señor Morlán.

Sr. Mor. ¡Y yo! ¡Y yo!... (Se sienta en el sofá que hay á la izquierda.) Pero me parece que ellos estaban ya de acuerdo desde el verano pasado.

Sra. Mor. (Sentándose á la derecha, primer término.) Lo esencial es que se hayan cambiado la palabra oficialmente.

(Sale Presentación por el foro derecha y se pone á arreglar unas macetas. Trae un ramo de flores en la mano.)

Sr. Mor. Mírala... (Mirando al foro derecha.) Allí está nuestra futura hija... Es lindísima.

Sra. Mor. Es encantadora.

Pres. Buenos días. (Baja al centro. Besa á la señora de Morlán.)

Sr. Mor. (Abrazándola.) Buenos días, hija mía... ¿Has visto á Adolfo?

Pres. No. Creo que salió muy temprano con su amigo Carlos Bertier (Sube al mueble del foro centro y coloca las flores en un búcaro.)

Sr. Mor. Es verdad. Ya me había olvidado de Carlos.

Sra. Mor. Y por cierto que me ha sorprendido mucho verle llegar aquí ayer tarde.

Pres. Como son íntimos amigos...

Sra. Mor. Vino para recordar á Adolfo unas matrículas que había dejado sin sacar.

Sr. Mor. Ha sido una atención delicada, pero... vamos, con escribir cuatro letras estaba despachado.

Sra. Mor. Y luego venir en un tren mixto.

Sr. Mor. Lo gracioso es que quería llevarse á Adolfo anoche mismo.

Sra. Mor. ¡Tiene gracia! (Pasando á sentarse al lado del señor Morlán.)

Pres. Pero, en vez de llevársele, (Sentándose á la derecha.) le hemos obligado á quedarse aquí... Es muy simpático el señor Bertier. Y además es el mejor amigo de Adolfo.

Sr. Mor. Creo que en París, mi hijo y él, no se separan nunca.

Pres. Por eso me ha gustado conocerle. Parece un hombre muy leal, muy bueno...

Sr. Mor. Y quiere mucho á Adolfo. ¿Viste cómo se conmovió cuando le anunciamos que os casábais?

Sra. Mor. Es verdad que estaba muy conmovido.

Pres.	Sí; yo he observado que quiere mucho á Adolfo. Por eso, sin duda, me ha sido tan simpático.

ESCENA II

DICHOS y ADOLFO por la izquierda

Adolfo	(Saludando á los señores de Morlán y á Presentación, y pasando al centro.) Buenos días; buenos días, señora.
Sr. Mor.	¿Cómo, señora? Llámala por su nombre.
Adolfo	Es verdad. La falta de costumbre... ¿Qué tal, Presentación?
Sra. Mor.	Eso es.
Adolfo	¿Qué? ¿Ha reflexionado usted? ¿Se arrepiente de lo que ayer convinimos?
Pres.	Yo, no. ¿Y usted?
Adolfo	¿Yo? ¡Jamás!
Pres.	Muy bien. Dentro de diez años veremos si piensa usted lo mismo (1).
Sr. Mor.	Son deliciosas las tonterías que se dicen los enamorados. ¿Te acuerdas, Rosa? ¡Hace treinta años!
Sra. Mor.	Qué cosas tienes.
Pres.	¿Y su amigo Carlos?
Adolfo	Ha ido al telégrafo. (Sube distraídamente al foro.)
Pres.	¿Otra vez?... Ayer, apenas yegó aquí, se precipitó al telégrafo.
Sr. Mor.	Es un hombre que telegrafía mucho.
Adolfo	Sí... (Pasa foro izquierda y baja al primer termino.) Tiene que telegrafiar constantemente á su tía Ramona.
Pres.	Ya nos lo dijo ayer... Es curioso ese cariño entre tía y sobrino.

ESCENA III

DICHOS y CARLOS por el foro derecha del jardín

Carlos	Señoras... A los pies de ustedes.
Sr. Mor.	¡Hola, Carlos! ¿Qué le ha parecido á usted la ciudad?

(1) Presentación—Adolfo—Señora de Morlán—Señor Morlán.

Carlos ¡Magnífica!

Pres. (Siempre que se dirija á Carlos, muy afable.) ¿No nos tiene usted mala voluntad por haberle hecho aquí nuestro prisionero?

Carlos Señora... la prisión es encantadora, y los carceleros...

Sr. Mor. Amables. ¿Verdad?

Carlos Adorables. (Presentación sube al foro y mira al jardín.)

Sra. Mor. ¿Qué noticias tiene usted de su tía Ramona?

Carlos ¿Yo? Ninguna. (Pasando á la derecha. Adolfo le hace señas para que rectifique.)

Sr. Mor. ¡Como la telegrafía usted á todas horas! ¿Es que no contesta ella?

Carlos ¡Ah! ¡Está ocupadísima!

Sra. Mor. Ya sabe usted que tenemos teléfono para hablar con París. Se lo aviso por si tiene necesidad de utilizarle.

Carlos Mil gracias.

Adolfo Le utilizará, le utilizará. Estoy seguro.

Pres. (Bajando al centro.) Bueno, no le molesten ustedes más... Yo protejo á nuestro amigo Carlos.

(Presentación y Adolfo hablan en el foro.)

Adolfo Entonces, ya es sagrado.

Sr. Mor. (A Carlos.) ¿Y qué? ¿No le entran á usted deseos de imitar á Adolfo y casarse también?

Carlos Ciertamente... Si yo tuviera la suerte de encontrar una mujer como la que Adolfo ha encontrado.

Sr. Mor. ¿Sería preciso que fuera absolutamente igual?

Carlos ¡Absolutamente!

Sr. Mor. Esa es una manera hábil de decir que piensa usted permanecer soltero.

Sra. Mor. ¿Y á ti qué te importa? Tú vas á casar ya á tu hijo... Por este año basta.

Sr. Mor. Bien, bien... Siga usted soltero. Pero, vea usted lo que dice un hombre casado. No hay nada como el matrimonio... Y ahora dejemos solos á estos tórtolos que tendrán mil cosas que decirse, y vamos á enseñar á Carlos el jardín.

(Van haciendo mutis por el foro izquierda del jardín, los señores de Morlán, ella delante.)

Carlos Con mucho gusto.

Pres. No... Quédese usted, Carlos. Quiero hacer una fotografía de los dos amigos, juntos en el jardín.

Sr. Mor. Al lado del estanque hay un cuadro soberbio... junto á los ganzos... (Desde la terraza.)

Pres. Allí los llevaré.

Sr. Mor. ¿Vamos, Rosa?

Sra. Mor. Vamos.

Sr. Mor. Mira, mira... Es espléndida la vista del jardín... ¿Ves los rosales? Se va á llenar todo el paseo de rosas...

(Vanse hablando por el foro izquierda del jardín. Siempre que se diga foro izquierda entiéndase que se trata del mismo foro derecha que tiene dos salidas.)

ESCENA IV

PRESENTACIÓN, CARLOS y ADOLFO

Pres. (Bajando á sentarse junto á la mesa de la derecha.) Ahora que estamos solos, quiero hacer á usted una pregunta, amigo Carlos.

Carlos Estoy á sus órdenes. (Se sientan.) (1)

Pres. ¿Cree usted que Adolfo me quiere?

Adolfo ¡Vaya una pregunta!

Pres. Contésteme usted.

Carlos Yo pienso que sí.

Adolfo Esa duda me hace daño.

Pres. Es que... todo hay que decirlo. Nuestro proyecto de matrimonio ha nacido de un modo tan extraño...

Carlos ¿Sí?

Pres. Figúrese usted que nos encontramos aquí el verano pasado. Coqueteamos un poco; nos separamos prometiendo que nos escribiríamos. Yo escribí una carta... Adolfo no me contestó... Me invitaron ahora sus padres á venir aquí... Me anuncian que Adolfo va á llegar, y cuando ya no le esperábamos se presenta de repente y pide mi mano.

Carlos Adolfo es así... Le cuesta trabajo decidirse; pero cuando se decide, nada le detiene.

---

(1) Carlos—Presentación. Adolfo.

Pres. ¿Le ha hablado á usted con frecuencia de mí?

Carlos ¿De usted?

Adolfo (Animándole.) Responde, hombre.

Carlos Sí... sí... Muchas veces...

Pres. ¿Y qué le decía? ¿Qué le decía?

Carlos ¿Que... qué me decía?

Adolfo (Como antes.) Pero, responde, hombre, responde...

Carlos Pues, bien... Me decía: He tenido la suerte de encontrar una mujer tan linda, tan llena de perfecciones, tan digna de ser querida por un hombre honrado, que el que se una á ella, habrá de guardarla fidelidad eterna, á menos que no sea el último de los miserables... He tenido suerte, mucha suerte. No encontrarás tú nada igual. Yo soy un hombre afortunado.... Esto es lo que me decía.

Adolfo (A Presentación.) ¿Eh? ¿Qué tal?

Pres. Eso me tranquiliza... Desde el momento que usted, que es un hombre al que yo considero incapaz de mentir, (Pausa. Ellos se miran y asienten con gesto cómico.) me asegura que Adolfo viene á mí, libre por completo, ¿verdad?

Adolfo Dí que es verdad.

Carlos ¡Dios mío! ¿Y por qué no diré yo que es verdad? ¡Pues sí.. es verdad!

Pres. Gracias... Voy á coger la máquina fotográfica para hacer los retratos. (Se levanta y sube un poco la cristalera del comedor. Adolfo pasa á la derecha.)

Adolfo Perfectamente.

Pres. (A Carlos con intención.) Crea usted que estaba un poco intranquila... Temía que Adolfo tuviera también una tía Ramona de esas á las que se telegrafía cuatro veces todos los días...

Carlos (Con calor y pasando al lado de Presentación.) Señora, yo no quiero que se vaya usted sin darla mi palabra de honor de que yo también soy libre, y sin decirla que mi tía Ramona tiene cuarenta y nueve años, que es la hermana de mi madre y que desde el momento que Adolfo es un hombre honrado y fiel,

hay aquí dos hombres dignos de la estimación de usted...

Pres. No lo dudo, no... Y crea usted que siento por usted una gran amistad. Hasta ahora mismo. (Vase por la puerta cristalera comedor.)

ESCENA V

CARLOS y ADOLFO

Carlos No se cuál de nosotros dos, es más despreciable.

Adolfo ¿Por qué?

Carlos Porque no la he dicho la verdad. La casualidad ha debido poner á esta mujer en mi camino, en vez de atravesarla en el tuyo.

Adolfo Oye, oye... ¿Tanto te gusta?

Carlos Sí; pero es igual... He mentido y seguiré mintiendo... Después de todo, ya me voy acostumbrando... Acabo de telegrafiar á Albertina otro embuste.

Adolfo ¿Qué la has dicho?

Carlos «Estoy enfermo: te quiero siempre: he renunciado á mi matrimonio. Espérame en París mañana. Adolfo.» (Pasa á la derecha.)

Adolfo ¿Tú has sido capaz de eso? (Cogiéndole por el cuello.)

Carlos Naturalmente. No quiero que Albertina, por culpa tuya, se tire de cabeza al Sena.

Adolfo ¡No tengas cuidado; no se tira!

Carlos Sí... Ese acontecimiento se hubiese verificado hoy á medio día... Por eso la he puesto el telegrama.

Adolfo ¿Y por qué no te vas á París?

Carlos ¿Sin ti? ¡Cá! Iremos juntos.

Adolfo ¡Pues tienes para rato!

Carlos Es preciso... Tú debes tener una explicación con Albertina.

Adolfo ¿Y qué adelantaríamos?

Carlos No comprendes que lo que no puede perdonarte Albertina es la huída... Debiste irla preparando poco á poco. Verás, cómo ahora, cuando regresemos á París, la encontramos más tranquila.

Adolfo ¿Crees que estará más tranquila?

Carlos Con seguridad.

Adolfo Entonces no vale la pena de hacer el viaje.

Carlos Como quieras... (Mira el reloj.) Yo sé lo que he de hacer. Después del almuerzo, iré á ponerle otro telegrama diciéndole: «Todo va bien. Hasta mañana. Recuerdos. Carlos.» (Pasa á la izquierda.)

Adolfo No harás eso, (Cogiéndole por el cuello.)

Carlos Ya lo verás.

Pres. (Saliendo por donde se fué con una máquina pequeña de fotografías.) Ya está... ¿Vamos?

Adolfo (Pasando hacia el foro derecha) Ahora mismo.

Pres. (Mirando á Carlos.) ¡Ah! No. Esa cara, no... Para hacerse una fotografía, amigo Carlos, hay que sonreir.

Carlos (Volviéndose y ya en la terraza.) ¿Y no sonrío?

Pres. Ni mucho menos.

Carlos Debe ser que me estoy riendo por dentro. (Vase por el foro izquierda del jardín.)

Pres. ¿Qué le pasa?

Adolfo No, nada... Una historia de mujer..

Pres. ¿De veras?

Adolfo ¡Ah! Nadie lo diría al verle, ¿eh? Pues, es un conquistador terrible... ¡Las tiene así! (Haciendo mutis por donde Carlos.)

ESCENA VI

ALBERTINA, AGUSTÍN. Luego el SEÑOR y la SEÑORA DE MORLÁN. Pequeña pausa. Se oye el timbre de la verja y cruza Agustín del foro izquierda del jardín al foro derecha, saliendo á poco con Albertina que sale vestida elegantemente con traje de viaje. La indica el camino Agustín

Alb. (Dentro.) ¿Es esta la propiedad de los señores de Morlán, verdad?

Agus. Esta es, sí señora. ¿Quiere usted decirme su nombre, el nombre de la señora para anunciarla? (Aparecen los dos por el foro derecha del jardín.)

Alb. (Con mucha seriedad.) Anuncie usted á la esposa de don Carlos Bertier.

Agus. Perfectamente. (Se inclina y vase sin entrar en escena por el foro izquierda del jardín.)

Alb. (Pequeña pausa. Baja al proscenio y mira á todos la-

dos y por último se sienta en el sofá que hay á la izquierda.) Es un atrevimiento; pero ya veremos lo que resulta.

(Se ve aparecer por el foro izquierda del jardín al señor y la señora de Morlán que discuten con Agustín.)

Sr. Mor. (A Agustín.) ¡Pero, si no es posible, hombre!

Sra. Mor. Usted ha debido oir mal.

Agus. No, no... Estoy seguro que me ha dicho ese nombre.

Sr. Mor. Bien; retírese usted.

(Vase Agustín por el foro derecha del jardín.)

Sra. Mor. (Baja de la terraza y acercándose á Albertina.) Señora...

Alb. (Levantándose.) Señora...

Sr. Mor. Perdone usted; la rogamos que tenga la bondad de decirnos su nombre.

Sra. Mor. El criado ha debido equivocarse sin duda.

Alb. Yo soy la esposa de Carlos Bertier.

(Movimiento de sorpresa.)

Sr. Mor. Veamos, veamos... Usted no es la madre de Carlos, naturalmente...

Alb. No, señor .. Soy su señora.

Sra. Mor. La esposa de Carlos.

Alb. ¡Claro!

Sr. Mor. Perdone usted nuestro asombro... Carlos nos ha afirmado que estaba soltero.

Alb. No... Verán ustedes... Les explicaré lo que sucede, en pocas palabras. Carlos y yo nos hemos casado sin decir nada á su tía Ramona, porque se hubiera opuesto. . La tía Ramona quiere ser ella quien busque mujer á Carlos. Nosotros nos casamos sin que ella lo supiera, y tenemos oculta nuestra unión, para que no se entere...

Sr. Mor. Es una situación muy desagradable para usted.

Alb. Esperamos siempre una ocasión favorable, para pedirle perdón; pero, en tanto, tenemos que disimular. .

Sra. Mor. ¡La compadezco á usted!

Alb. Ya saben ustedes que la tía Ramona es millonaria. Carlos es su único heredero.

Sr. Mor. Comprendo, comprendo.

Alb. Pero yo tenía tantos deseos de conocer á ustedes... He oído hablar de su hijo Adolfo

tanto... Usted, señora, dicen que es tan buena, y usted, caballero, tan inteligente, tan espiritual...

Sr. Mor. (A la señora de Morlán.) (Oye, sabes que es muy simpática esta muchacha.) (Pasa por detrás del sofá y se sienta al lado de Albertina.) (1)

Alb. Anoche recibí un telegrama de Carlos diciéndome que ustedes le obligaban á pasar aquí unos días y no he podido resistir más tiempo la tentación: he subido en el primer tren y aquí me tienen ustedes... He pensado que podía confiar á ustedes nuestro secreto sin temor á que nadie lo descubra...

Sr. Mor. Ha hecho usted muy bien. ¿Verdad que ha hecho muy bien? (A la señora de Morlán.)

Sra. Mor. Puede usted estar segura de nuestra discreción.

Alb. Después de todo, yo me he dicho que si los desagradaba á ustedes mi presencia, con irme otra vez...

Sr. Mor. ¡Cómo ha podido usted suponer semejante cosa!

Sra. Mor. Al contrario. No sabe usted cuánto me alegro de que venga usted á hacer compañía á Carlos... Así se quedarán ustedes más tiempo con nosotros.

Alb. ¡Qué buenos son ustedes!

Sra. Mor. (Se levanta y se dirige al foro y tira de una cinta que habrá puesta en dicho sitio para figurar que llama á los criados.) Carlos debe andar por ahí con Adolfo.

Alb. ¡Son tan buenos amigos! ¡Yo quiero mucho á Adolfo!

Sr. Mor. Adolfo tendrá una gran alegría cuando la vea.

Alb. ¡Y yo! ¡Y yo también!

Sr. Mor. ¡Es monísima!

Agus. (Saliendo por el foro derecha del jardín.) ¿Llaman los señores?

Sr. Mor. Agustín; diga usted á los señoritos que vengan. (Es monísima.) ¡Ah! Si preguntan quién ha venido. .

Sra. Mor. No les diga usted nada.. Se trata de darlos una sorpresa. (Vase Agustín por el foro izquierda

---

(1) Señora de Morlán. Albertina—Señor Morlán.

del jardín. La señora de Morlán pasa al lado de Albertina.) ¿Y supongo, que no se negará usted á pasar unos días con nosotros?...

Alb. Yo haré todo lo que ustedes quieran.

Sr. Mor. (A la señora de Morlán.) ¡Es encantadora! (Pasando al lado de Albertina mientras la señora de Morlán se asoma al jardín.)

Alb. ¡Cuánto agradezco á ustedes el recibimiento que me hacen. La verdad es que tenía miedo...

Sra. Mor. ¿Miedo á ser mal recibida con una cara tan linda?

Sra. Mor. Aquí viene Adolfo.

Alb. ¡Ah!

Sr. Mor. Vamos á divertirnos un poco... Verá usted cómo le sorprendemos. Escóndase usted aquí.

Sra. Mor. Sí; sí... Será muy gracioso.

Alb. ¿Creen ustedes?

Sr. Mor. Entre usted en esa habitación... (Primera izquierda.)

Sra. Mor. Ya la llamaremos para que salga... (Albertina entra en la primera izquierda.)

ESCENA VII

El SEÑOR y la SEÑORA DE MORLÁN y ADOLFO por el foro izquierda del jardín

Adolfo ¿Me habeis llamado?

Sra. Mor. Sí, hijo mío.

Sr. Mor. ¿Pero, y Carlos? ¿Dónde está Carlos?

Adolfo Acaba de ir á poner un telegrama...

Sr. Mor. (A la señora de Morlan.) ¡Tiene gracia! Ha ido á ponerla un telegrama.

Sra. Mor. ¿A que no adivinas quien acaba de llegar?

Adolfo No sé... Mi primo León.

Sr. Mor. ¡Quita de ahí! ¡So primo!

Sra. Mor. Una persona á la que tú conoces mucho.

Sr. Mor. A la que profesas gran amistad...

Sra. Mor. ¡La esposa de Carlos!

Sr. Mor. ¡No! ¡Eso no vale! (Pasando al centro.) Se lo has dicho demasiado pronto... ¡Yo quería intrigarle!

Adolfo ¿La esposa de Carlos? ¡Vamos! ¡Eso es una broma!

Sr. Mor. ¿Cómo broma?

Adolfo En primer lugar, Carlos no está casado.

Sr. Mor. Sí... Eso está bien... Tú guardas el secreto y haces bien... Pero, en fin; ya no te molestes. . lo sabemos todo.

Adolfo No comprendo una palabra.

(Los señores de Morlán se apartan, subiendo un poco para dejar paso libre.)

Sra. Mor. Abre aquella puerta. (Señalando la primera izquierda)

Adolfo ¿Que abra?... (Se dirige á la primera izquierda abre y retrocede espantado, con los pelos de punta.) ¡Ah!

ESCENA VIII

DICHOS y ALBERTINA por la primera izquierda

Alb. Buenos días, Adolfo.

Adolfo ¡Albertina! (Procura dominarse. Sonríe á su padre y dirige miradas furibundas á Albertina.)

Sr. Mor. Me parece que ahora no dirás que no la conoces...

Adolfo Sí... sí... (Sonríe forzadamente.)

Alb. Le ha sorprendido á usted este pequeño golpe de Estado, ¿eh? Tenía tantos deseos de conocer á sus papás...

Sra. Mor. ¡Ya estais buenos Carlos y tú!... ¡Vaya si os dais buena maña para ocultar las cosas!...

Alb. Sin embargo, Adolfo parece que no está muy contento.

Sr. Mor. No... Es que le ha sorprendido, ¿verdad?

Adolfo Sí... Eso es. Me ha sorprendido.

Sra. Mor. ¿No sabe usted la noticia?

Alb. ¿Qué noticia?

Sr. Mor. Adolfo se nos casa...

Alb. ¿Sí? Lo esperaba... Algo me dijo Carlos... ¿De manera que ya está decidido?

Sr. Mor. Completamente.

Alb. Vaya, pues que sea enhorabuena, Adolfo. ¡Le deseo muchas felicidades y una luna de miel eterna!

Adolfo (Dándole la mano.) Muchas gracias, señora.

Sra. Mor. (A Albertina.) Ahora conocerá usted á la futura...

Sr. Mor. Se harán ustedes amigas en seguida... Es muy simpática...

Alb. No lo dudo.

Sr. Mor. (Subiendo los dos al foro.) ¡Ah! Aquí viene.. (Llamándola.) ¡Presentación!

Adolfo (A Albertina.) Tenemos que hablar.

Alb. (Cuando quieras.)

Adolfo (En seguida...)

Alb. (Bueno.)

ESCENA IX

DICHOS y PRESENTACION, que sale por el foro izquierda del jardín con la máquina de fotografías

Pres. Las fotografías han salido muy bien.

Sr. Mor. (A Presentación.) Ven aquí, hija mía. (A la señora de Morlán.) No, déjame que las presente y... Esta señora es la prometida de mi hijo Adolfo.

Alb. (Inclinándose.) Señora...

Sr. Mor. La señora de Carlos Bertier... (Presentando á Albertina.)

Pres. (Estupefacta.) ¿Cómo? La...

Sra. Mor. La esposa de Carlos.

Pres. Pero, ¿Carlos está casado?

Sr. Mor. Naturalmente.

Alb. Es mi marido.

Sra. Mor. Pero, se trata de un secreto...

Sr. Mor. Están casados sin que lo sepa la tía de Carlos, la tía Ramona.

(Los señores de Morlán suben algo al foro derecha.)

Pres. (Pasando al centro y queda al lado de Adolfo.) Es extraordinario. Perdone usted mi asombro, pero su esposo de usted desempeña de un modo tan maravilloso el papel de hombre soltero...

Alb. Pues, ya ve usted, está casado.

Pres. (A Adolfo.) ¡Qué soberano par de embusteros!

Alb. (A Presentación.) La felicito á usted, señora, y la deseo en su matrimonio la misma suerte que he tenido yo... (Adolfo sube al foro con sus padres.)

Sr. Mor. (A Adolfo.) ¡Es adorable!

Pres. Puesto que Carlos y Adolfo son íntimos amigos, creo que nosotras debemos serlo también.

Alb. Por mi parte, lo soy desde que la he visto á usted.

Pres. Yo he sufrido una decepción al saber que Carlos estaba casado... Decepción en el sentido de que no le creía capaz de mentir... Pero celebro muchísimo que sea usted su esposa.

Alb. Muchas gracias... Es usted muy amable. La elección de Adolfo, al fijarse en usted, no me sorprende .. Sé que Adolfo es hombre de buen gusto.

Sr. Mor. (A su señora.) ¡Qué bien educada está!

Sra. Mor. (A Albertina.) Vamos á darla á usted las habitaciones del piso principal, para que se instale con Carlos.

Sr. Mor. Sí... ¡Ah! Y manda que pongan una cama de matrimonio. (Adolfo hace gestos de desespera ción.)

Sra. Mor. Descuida... Yo me ocuparé de prepararlo todo... Ven, Presentación. Tú me ayudarás.

Pres. (Pasando al lado de la señora de Morlán.) Con mil amores.

Sr. Mor. Yo diré que pongan un cubierto más en la mesa. Ya saben ustedes... Dentro de una hora, aquí todo el mundo para almorzar.

Alb. ¡Cuánto siento las molestias que ocasiono á ustedes...

Sra. Mor. No, hija mía... Ni muchísimo menos... Vamos. (Vanse Presentación y la señora de Morlán por la derecha y el señor Morlán por el foro izquierda del jardín.)

ESCENA X

ALBERTINA y ADOLFO. Pausa. Ambos esperan á que se vayan los personajes. Adolfo, indignado, se acerca á Albertina

Adolfo No encuentro palabras para calificar tu conducta... ¡Hace falta tener cinismo!

Alb. No... Llámalo curiosidad. Yo soy muy curiosa.

Adolfo Te miro, y no sé cómo me contengo...

Alb. Pues no te contengas... Anda... Di la verdad á tus padres... Arma el escándalo... Yo no seré la culpable...

Adolfo Pero, ¿tú crees que voy á tolerar tu permanencia aquí? ¡Sería absurdo!

Alb. No te puede molestar gran cosa, puesto que todos me reciben con los brazos abiertos.

Adolfo Pero, ¿se puede saber qué vienes á hacer aquí?

Alb. Vengo á darte una última prueba de cariño y de amistad... Espero que me lo agraderás...

Adolfo Te quieres burlar de mí, ¿eh? (Se sienta á la derecha.)

Alb. En primer lugar, (Se sienta á la izquierda.) quiero saber si lo que vas á tomar vale tanto como lo que desprecias... De esto, ya me he enterado... Está bien... pero, no es mejor que yo.

Adolfo ¿Sí? ¡Vamos!

Alb. Luego me propongo averiguar si tu prometida te quiere como yo te he querido. En este punto, aún no he formado opinión.

Adolfo A mí no me hace falta tu opinión.

Alb. Pero yo necesito tenerla... Yo quiero que tú seas feliz... Me parece que no puedo ser más generosa...

Adolfo ¡Si eres un ángel!

Alb. Otra mujer, en mi caso, trataría de vengarse escribiría anónimos á tu novia y á tus padres... te amenazaría... ¡qué sé yo! ¿Verdad? Yo, en cambio, ya lo ves.. Vengo á decirte con mucho cariño: (Acercándose á él.) «Adolfo, quiero convencerme de que vas á ser feliz, y en cuanto me convenza, te doy mi bendición... ¡y abur!» ¡Me parece que soy una buena muchacha! (Vuelve á la izquierda.)

Adolfo No sé si lo que me dices lo dices en serio ó en broma; pero de todas maneras, compren de que es una imprudencia... La casualidad puede comprometernos.

Alb. La casualidad no compromete más que á los torpes...

Adolfo Además, hay cosas que no pueden ser... Tú no ves las consecuencias que podría traer todo esto.

Alb. ¿Qué consecuencias?

Adolfo Una pequeñez... Tendrías que dormir en la misma habitación que Carlos... aquí... en mi casa... ¡Comprenderás que eso sería el colmo! (Pasea hacia la derecha.)

Alb. ¿Y á ti qué te importa, si tú no me quieres y me has abandonado?

Adolfo Sí... sí... Desde luego... Es posible que yo no te quiera; pero eso sería muy desagradable.

Alb. Me has dejado como á una cualquier cosa... Yo debo conducirme como una cualquier cosa...

Adolfo ¡Ah! ¡No, no! Es preciso que busques un pretexto... no sé cuál... El que tú quieras... Pero, tú te irás de aquí esta tarde.

Alb. Estoy contenta de todo esto, porque así te he demostrado que sé representar mi papel de señora casada... ¿Eh? ¿Te has fijado? (Bajando al centro) Todos me reciben con los brazos abiertos...

Adolfo ¡Qué espantoso!

ESCENA XI

DICHOS, PRESENTACIÓN, luego AGUSTÍN

Pres. (Saliendo por la primera derecha.) Ya está preparada la habitación.

Alb. ¿Ya? Mil gracias.

Pres. ¿Y los equipajes, señora?

Alb. Los he dejado en la Estación. Ignoraba cómo me recibirían y...

Pres. ¿Quiere usted darme el talón?... Voy á mandar por ellos... (Va al foro y tira de la cinta que figura ser el timbre de llamada á los criados.)

Alb. La verdad es que no sé cómo agradecer...

Pres. ¿Quiere usted callar? Adolfo la acompañará hasta su habitación. (Se sube al foro derecha.)

Alb. (A Adolfo.) ¿Tiene usted la bondad?

Adolfo (Rabioso y disimulando.) Con mucho gusto. Por aquí... (Indicando la primera derecha.)

Alb. (Aparte á Adolfo, al pasar por su lado, junto al quicio de la puerta.) Lo que te he dicho. . Es bonita pero no vale más que yo... (Vanse por la primera izquierda.)

Agus. (Entrando por el foro derecha del jardín.) ¿Llamaba la señora? (En el fondo.)

Pres. (Entregándole un talón de equipajes.) Sí; diga usted que vayan á buscar estos baules á la Estación.

Agus En seguida.

Pres. Y que los suban á las habitaciones del primer piso.

Agus. Perfectamente. (Vase por donde entró.)

Pres. Es muy simpática la esposa de Carlos; pero, no acabo de acostumbrarme á la idea de que esté casado... ¡Qué manera de mentir! (Mirando hacia el foro izquierda del jardín y bajando rápidamente al centro del proscenio.) ¡Ah! Aquí viene.

ESCENA XII

PRESENTACIÓN, CARLOS. Luego ADOLFO

Carlos (Entra por el foro izquierda del jardín, muy contento, sonriente y tranquilo. Presentación le recibe un poco fría y despegada.) ¿Cómo han salido nuestras fotografías?

Pres. Dígame usted, caballero...

Carlos Señora... (1)

Pres. ¿Es cierto eso que ha dicho usted antes?...

Carlos ¿Qué?

Pres. Que si encontrase usted una mujer que se pareciese á mí, no dudaría usted en casarse con ella.

Carlos No dudaría ni un minuto; sí, señora.

Pres. ¿De modo que si yo no fuese la prometida de Adolfo, es posible que me hiciera usted el amor?...

Carlos ¡Cómo posible! ¡Con toda seguridad!

Pres. Claro, que para casarse conmigo.

Carlos Naturalmente, para casarme.

Pres. ¿De modo que á usted la bigamia le parece la cosa más natural del mundo?

Carlos ¿Eh?

Pres. Por lo visto, usted es de esos hombres despreocupados que se dicen: «¡Hombre! Si yo

---

(1) Carlos—Presentación.

Y además le felicitamos...

... ideal (Se a... ...ría más. .» (Cada vez más nerviosa.)

Carlos Señora... no comprendo una palabra.

Pres. Siento haberme equivocado juzgándole mejor de lo que es usted... ¡Es usted un títere!

Carlos Señora...

Pres. Y cuando se tiene la suerte de estar casado con una mujer deliciosa como la suya, no hay para qué presumir de soltero.

Carlos Eso será una broma.

Pres. ¿Se atreverá usted á decir que no es casado?

Carlos ¡Naturalmente!... ¡Soy soltero!

Pres. ¿Jura usted que no está casado?

Carlos ¡Claro que lo juro!

Pres. ¡Es el colmo! Bueno, pues sepa usted que su esposa está aquí.

Carlos ¿Sí? Dice usted que mi mujer... Pues, ¡mire usted... ¡me gustaría conocerla!

Pres. No tardará usted mucho tiempo... (A Adolfo que entra por la primera derecha.) ¿No es verdad, Adolfo?

Adolfo ¿Qué?

Pres. Que vamos á tener el gusto de presentar á Carlos á su esposa...

Adolfo En efecto... Ahora mismo viene... (Pasa por detrás á la izquierda.)

Carlos (Muy incomodado.) ¡Digo y repito que yo no estoy casado... que no tengo mujer y que no me gustan estas bromas!

Pres. Dile que hace mal en seguir negando la evidencia... Estamos al cabo de la calle.

Carlos ¿Eh?

Pres. Voy á buscar á su señora... (Pasa á la derecha.) No sé por qué se avergüenza usted... Le advierto que es encantadora, y que aquí la hemos recibido con los brazos abiertos. (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XIII

CARLOS y ADOLFO

Carlos (Estupefacto.) Te advierto que esta broma me parece un poco pesada.

Adolfo (Rápidamente y aprovechando los momentos.) ¡Calla,

por Dios (por el foro derecha del jardín.) mi situación... ¡Tú estás casado!

Carlos ¿Yo? Pero, ¿con quién?

Adolfo ¡Con Albertina!

Carlos ¡Canastos! ¿Pero Albertina está aquí?

Adolfo Sí... Se ha presentado anunciándose como la señora de Carlos Bertier.

Carlos ¡Pues eso me faltaba, hombre! ¿Sabes lo que te digo? Que allá vosotros con todos vuestros líos... Yo soy un buen muchacho, pero hay cosas á las que no puedo prestarme. Ni soy un polichinela ni un imbécil con quien se juega.

Adolfo Pero no comprendes que si se descubre esto echas á perder mi matrimonio?

Carlos Me es igual. Yo me voy ahora mismo. (Medio mutis. Adolfo le coge por el faldón.)

Adolfo Eso sí que no. Permite que te diga que yo no te he hecho venir aquí.

Carlos ¡Ah! ¿Sí? ¡Ahora voy á ser yo el culpable.

Adolfo Todo esto es la consecuencia natural de tu precipitación.

Carlos ¡Pero es que yo no quiero pasar por el marido de Albertina!

Adolfo ¿Por qué? ¿Te parece mal la chica?

Carlos No es eso.

Adolfo Además, ella ha inventado una historia.. Ha dicho que os habíais casado en secreto para engañar á tu tía Ramona.

Carlos ¿Y ha mezclado á mi tía en estos líos? ¡Vamos! ¡Hace falta descaro!

Adolfo Yo no digo más sino que mi suerte está en tus manos... Tú verás lo que haces. Por un amigo se puede hacer un pequeño sacrificio.

ESCENA XIV

DICHOS, ALBERTINA y PRESENTACIÓN por la primera derecha. Luego la SEÑORA DE MORLÁN y el SEÑOR MORLÁN por el foro izquierda del jardín

Sr. Mor. (Acompañado de su señora se dirige á Carlos.) Querido Carlos: ya sabe usted que puede contar con nuestro silencio... (Queda detrás de la mesa de la derecha.)

Sra. Mor. Y además le felicitamos... Tiene usted una esposa ideal. (*Se aparta un poco á la izquierda.*)

Alb. (*Saliendo.*) Buenos días, Carlos. (*Pausa grande. Carlos no sabe qué hacer.*)

Carlos (*Refunfuñando.*) Hola.

Alb. (*Fingiéndose cariñosa y amable.*) ¿Es ese el recibimiento que me haces? ¿No me das un abrazo?

Carlos (*Incomodado y vuelto de espaldas.*) No.

Sr. Mor. ¡Vamos! ¡Vamos!... Abrácense ustedes. Nosotros nos hacemos cargo de las cosas...

(*Pasa al lado de su mujer y Adolfo. Carlos y Albertina se abrazan tímidamente.*)

Carlos Y... qué, ¿has hecho bien el viaje?

Alb. Muy bien, maridito mío.

Carlos Podías haberme consultado antes de.. de tomar el tren.

Sr. Mor. (*Interviniendo.*) ¡Ah! Eso sí que no... No admito observaciones... Ha hecho bien en venir. Por lo demás, puede usted estar tranquilo y confiar en nosotros. ¡La tía Ramona no sabrá una palabra! (*Sale.*)

(*Sale Presentación por la primera derecha, y el señor Morlán la conduce donde está Adolfo.*)

Carlos ¿De manera que tú... has venido á... á buscarme?

Alb. ¡Claro! Pero nos quedaremos aquí una semana (1).

Carlos (*Estallando.*) ¡Una semana!... De ningún modo. Yo no quiero estar aquí una semana.

Sra. Mor. No tendrá usted más remedio.

Sr. Mor. Y si es preciso, le encerraremos.

Carlos Probablemente me tendrán ustedes que encerrar, porque me volveré loco.

Sr. Mor. (*A Adolfo.*) Oye... Carlos, por lo visto, aborrece el campo.

Adolfo Sí... pero ya se irá acostumbrando.

(*Forman grupo aparte á la izquierda Adolfo y Presentación.*)

Sr. Mor. (*A su señora.*) Rosa. Son las once y media.

Sra. Mor. Ya lo veo. Cuando quieras nos vamos.

Sr. Mor. (*A Albertina.*) Nosotros tenemos la costumbre

---

(1) Albertina—Señor Morlán—Señora de Morlán—Presentación—Adolfo.

de dar un paseo higiénico antes del almuerzo. (Subiendo al foro izquierda los dos.)

Alb. Muy bien.

Sr. Mor. Hasta luego, ¿eh?

Sra. Mor. Vamos.

(Vanse los señores de Morlán por el foro izquierda del jardín.)

Pres. (A Adolfo.) ¿Quieres ir con Carlos á recoger los clichés que he dejado en el jardín?

Adolfo Con mucho gusto. (Pasando por el centro va á salir por el foro izquierda del jardín.)

Pres. Gracias.

Adolfo (A Carlos.) ¿Vienes?

Carlos Bueno. (Sube por el centro y se va con Adolfo. A Adolfo al salir.) Te prevengo que yo no puedo aguantar esto más tiempo. ¡Trata de que no dure... ó estallo!

(Vanse por el foro izquierda del jardín.)

ESCENA XV

ALBERTINA y PRESENTACIÓN

Pres. Ya habrá usted adivinado que quiero que hablemos á solas unos momentos.

Alb. Todo lo que usted quiera.

Pres. Me es usted muy simpática, y deseo confiarme á usted.

Alb. Usted dirá (1). (Se sientan.)

Pres. Quiero hablar con usted de Adolfo, de mi prometido.

Alb. ¡Ah!

Pres. ¿Usted le conoce bien?

Alb. ¡Oh! ¡A fondo!

Pres. Dígame usted, con sinceridad, ¿qué opinión tiene usted de él?

Alb. Que es un muchacho encantador.

Pres. No, no se trata de eso... Aquí, entre amigas, debemos decirnos la verdad... Con franqueza, ¿cree usted que Adolfo me quiere?

Alb. La pregunta es comprometida. Los he visto á ustedes juntos breves instantes...

(1) Presentación—Albertina.

Pres. Tiene usted razón... Pero, en fin, yo quisiera saber si Adolfo es capaz de querer á una mujer...

Alb. ¡Ah! ¡Eso sí!... Muy capaz.

Pres. ¿Es hombre casero?

Alb. Regular. (Pausa. Presentación se acerca á Albertina con su silla.)

Pres. ¿No sabe usted si tiene algún defectillo grave?

Alb. ¡Bah! Adolfo tiene los mismos defectos que todos los hombres... Ya le habrá dicho á usted que juega un poco.

Pres. ¡Que es jugador!...

Alb. Sí; pero poca cosa... Una vez casado lo dejará.

Pres. El juego es un vicio grave. Me inquieta que Adolfo juegue.

Alb. No lo crea usted. Se juega por aburrimiento... Como se hace el amor á las mujeres por la calle... por pasar el rato.

Pres. ¿Es mujeriego también?

Alb. Amiga mía, á pesar de mis deseos de hablar á usted con franqueza, temo ser indiscreta...

Pres. No, no. Usted ha prometido decirme la verdad.

Alb. Realmente, yo no puedo asegurar que Adolfo sea mujeriego...

Pres. ¡Ah! Menos mal.

Alb. En cierto modo puedo dar á usted una prueba de su constancia, porque yo sé que por espacio de tres años ha hecho la felicidad de una muchacha, artista de teatro...

Pres. ¡Ah!... ¿Bonita?

Alb. No la conozco. Pero Carlos me ha dicho que para ser una artista... no está mal del todo.

Pres. Y, ¿han terminado... esos amores?

Alb. ¡Oh! Completamente.

Pres. ¿Hace mucho que terminaron?

Alb. Ayer.

Pres. (Sobresaltada.) ¡Ayer!... ¡Ah! Por lo visto no le gusta estar ocioso; no ha esperado á que pasara el novenario. ¿Y qué ha sido de esa artista?

Alb. ¡Bah!... ¿Quién sabe?... Ya ve usted... ¡una artista!

Pres. Verdaderamente. A estas horas habrá conquistado á otro.

Alb. Es muy capaz, sí, señora.

Pres. ¡No comprendo cómo los hombres hacen caso á semejantes mujeres!

Alb. Eso es lo que yo me he preguntado siempre.

Pres. (Levantándose, deja la silla donde estaba.) Crea usted que la quedo agradecidísima. Claro que no me deja muy satisfecha lo que usted me ha dicho; pero, gracias á usted podré estar prevenida... Y esto es ya mucho.

ESCENA XVI

DICHAS y ADOLFO por el foro izquierda del jardín con unos clichés en un secador en la mano

Adolfo Aquí están los clichés.

Pres. (Dándolos un manotón y tirándolos al suelo.) Me alegro tanto.

Alb. Mis equipajes deben haber llegado ya. Voy á arreglarme un poco, con el permiso de usted.

Pres. Hasta ahora... y un millón de gracias.

Alb. No faltaba más. Ya sabe usted que me tiene á su disposición. (Aparte.) ¡Me parece que le espera una rociada! (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XVII

PRESENTACIÓN y ADOLFO

Adolfo Pero, ¿qué te sucede? ¿Estás incomodada conmigo?

Pres. (Muy nerviosa.) ¿Yo? Ni muchísimo menos.

Adolfo ¡Cualquiera lo diría!

Pres. Pues bien, sí. Estoy un poco preocupada.

Adolfo ¿Preocupada?

Pres. Sí. Estoy creyendo que voy á hacer una tontería casándome.

Adolfo ¡Eso es que Albertina te ha hablado mal de mí! Debí advertirte que es una mujer de muy mala lengua... No la hagas caso.

Pres. No. La señora de Carlos no me ha dicho nada.

Adolfo No lo creo. Es ella, es ella.

Pres. Y aunque así fuera... Ella es amiga tuya... No puede decir nada malo de ti.

Adolfo Con las mujeres no se está seguro nunca. Hablan por hablar y lo enredan todo.

Pres. De todos modos... Tú me vas á dar tu palabra de que no volverás á tocar una carta en los días de tu vida.

Adolfo ¿Yo? ¡Pero si no he jugado á nada nunca.

Pres. Y, además, voy á hacerte una advertencia. Odio los embustes. Si quieres que nos entendamos, es preciso que no mientas jamás.

Adolfo ¿Pero yo he mentido?

Pres. Yo hubiera preferido que tú mismo me hubieras confesado francamente tus relaciones con esa artista... Así no tendría necesidad de enterarme por otros conductos. (Sube á la cristalera.)

Adolfo Yo te juro...

Pres. No, no hablemos de eso. Te lo ruego. Ya sé que eso ha terminado. Pero en lo sucesivo, ya lo sabes... quiero saber siempre la verdad, toda la verdad. Adiós. (Vase por la puerta grande de vidrieras.)

ESCENA XVIII

ADOLFO

Adolfo ¡Y todavía ocho días aquí! ¡Pues me va á proporcionar flojos conflictos!... ¡Ah! No. Esto no puede ser. Es preciso buscar el medio de echarla de aquí. Pero inmediatamente. ¡Dios mío! ¿Qué hacer? (Meditando.) ¡Sí!... ¡Justo! Sería lo más práctico. Pero, ¿dónde meto el cadáver? ¡No! ¡No! El asesinato es demasiado radical. (De pronto.) Sí... Esto es mejor... A ver... (Saca un puñado de papeles del bolsillo, y entre ellos una hoja de telegrama, que desenvuelve.) Perfectamente. Despego estas tiras impresas y queda el telegrama limpio. Aquí, en Brives, los telegramas los escriben á mano. (Después de despegar las tiras impresas se sienta á escribir.) Esto es seguro... No cabe duda que en cuanto reciba este telegrama, se verán

obligados á salir en el primer tren. (Llama al timbre.) Ha sido una idea.

Agus. (Saliendo por el foro derecha del jardín.) Señor...

Adolfo Tome usted, Agustín, ese telegrama que acaba de llegar para el señorito Carlos. Llévelo usted en seguida. (Suena la campana del comedor.)

Agus. Ahora mismo... ¡Ah! La campana... Se le entregaré aquí, porque vendrá ahora... (Vase por la cristalera.)

ESCENA XIX

DIDHOS, la SEÑORA DE MORLÁN y el SEÑOR MORLÁN. Luego ALBERTINA y CARLOS, todos por el foro izquierda del jardín. Después PRESENTACIÓN y AGUSTÍN por el foro izquierda de las otras habitaciones

Sr. Mor. ¿Qué? ¿Tienes apetito? (A la señora de Morlán. Se dirigen al lado de Adolfo.)

Sra. Mor. Sí. El paseo me ha abierto las ganas.

Sr. Mor. Yo te advierto que voy á devorar el almuerzo. ¿Y tú? (A Adolfo.)

Adolfo También, papá; también tengo apetito.

Alb. (A la señora Morlán.) Yo no sé cómo agradecer á ustedes tantas atenciones... Nuestra habitación es espléndida.

Agus. (Sale por la cristalera acercándose á Carlos.) Un telegrama para el señor... (Presentándoselo en una bandeja.)

Carlos ¿Un telegrama? ¿Para mí?... No sé de quién puede ser. (Le desdobla.)

Alb. (Un poco desconfiada.) Ni yo.

Pres. (Saliendo por el foro de las habitaciones de la izquierda y bajando al primer término izquierda.) ¿Les he hecho esperar?

Sra. Mor. No hija mía.

Carlos (Dando un grito.) ¡Oh! ¡Dios mío! (Tambaleándose.) ¡Es horrible!

Todos ¡Eh! ¿Qué le pasa? ¿Qué es ello?

Carlos (Saltándosele las lágrimas.) ¡Mi tía! ¡Mi pobre tía Ramona! ¡Pobrecita!

Sr. Mor. Pero, ¿qué es ello?

Carlos ¡Se ha muerto!

Alb. (Consternada.) ¡Tú tía ha muerto! ¡Dios mío!

Sr. Mor. ¡Caray, hombre! ¡Qué contratiempo! (A la señora Morlán.) Un día como el de hoy que había empezado tan bien...

Sra. Mor. Debían haberle dado la noticia con más precaución.

(Carlos se ha dejado caer en una silla en primer término derecha, y se cubre el rostro con el pañuelo.)

Pres. ¡Pobrecillo!

Carlos (Llorando.) ¡Ella tan buena!... ¡Pobre tía Ramona!

Adolfo (Se acerca á él y le dice con intención.) ¡Qué lástima! Esto te va á obligar á salir inmediatamente... (El telegrama pasa de mano en mano.)

Carlos ¡Ah! Claro está .. En seguida.

Adolfo (Siempre á su lado y con intención.) Te llevarás á tu señora, ¿verdad?

Carlos ¿Eh? Es natural...

Adolfo Debéis salir los dos en el primer tren ..

Carlos (Sospechando de pronto, pero disimulando.) Sí... sí... Oye... dame el telegrama... haz el favor...

Adolfo Ahí le tienes.

Carlos (Vuelve á leer el telegrama detenidamente á través de las lágrimas. Poco á poco cambia su fisonomía y comienza á reirse, pero conteniendo la risa, de manera que el público le ve que ríe, pero los personajes que están en la escena creen que solloza. Aparte.) (Sí... Justo... Es la letra de Adolfo... ¡Ah, tunante!...)

Adolfo ¿Os iréis?

Carlos No hay más remedio... Yo no puedo... (Conteniendo la risa.) ir solo... á los funerales... ¿No es verdad?

Sra. Mor. ¿Qué le pasa?

Pres. ¡El dolor le trastorna!

Carlos (A Albertina.) Anda, hija mía; vé arreglando el equipaje. No tenemos más remedio que asistir los dos juntos... Ya oyes á Adolfo. .

Alb. (Cada vez más desconfiada.) Sí... sí... Es preciso... Pero esta noticia así de improviso... A ver... ¿me dejas el telegrama?

Carlos Toma. (Le da el telegrama.)

Alb. Trae... á ver... (Leyendo.) (¡Ah, canalla! ¡Es la letra de Adolfo! (Alto.) ¡Qué desgracia tan grande! (Pasando al lado de Adolfo.) ¿Ha visto usted? ¿Quién lo había de creer?

Adolfo ¡Calle usted, por Dios, señora! ¡Nadie está

libre de una desgracia! Sale usted de su casa bueno y sano...

Alb. ¡No me lo diga usted! ¡Es horrible!

Adolfo ¡Horrible! (Pasa por detrás al foro izquierda riéndose.)

Sr. Mor. (A Albertina.) Yo no sé cómo consolar á su esposo... (Acercándose.)

Alb. Ya se consolará... con el tiempo.

Pres. Se ve que lo ha sentido mucho. (A la señora de Morlán que está á su lado.)

Sr. Mor. (A Albertina.) Usted, después de todo, no la conocía... ¡Pero él!...

Carlos Yo sí, yo sí que la conocía...

Sr. Mor. ¡Pobre muchacho! (Todos pasan y le dan el pésame.)

Sra. Mor. (A Carlos.) Crea usted, amigo mío, que lo sentimos con toda el alma.

Carlos Gracias... gracias... (Conteniendo la risa.)

(Se oye dentro el segundo toque de campana.)

Sra. Mor. Es el segundo toque para el almuerzo...

Agus. (De gran librel, sale de la cristalería abriendo las puertas vidrieras.) ¡La señora está servida!

Sr. Mor. ¿Usted no almorzará, verdad?

Carlos (Muy decidido.) ¡Cómo que no! Ya lo creo.

Sra. Mor. (Asombrada.) ¡Ah! Pero, ¿tiene usted apetito?

Carlos ¡Un apetito de todos los demonios!

Sra. Mor. ¡Ah!

Carlos Yo soy así... Las emociones fuertes me abren de par en par las ganas de comer...

Sr. Mor. Muy bien, muy bien.

Adolfo Pues daos prisa... Porque tendréis que almorzar corriendo...

Carlos ¿Por qué?

Adolfo El tren sale á las tres y siete minutos.

Alb. (¡Aun no está perdido todo!)

Sr. Mor. Bien, bien; pues ya que todo el mundo tiene hambre, á almorzar.

Adolfo (Dando el brazo á Albertina.) Permite usted... La digo á usted que no me hable de eso, señora. ¡Es horroroso!

Alb. Horroroso, sí, señor... Tiene usted razón. (Salen del brazo detrás de los señores de Morlán. Quedan los últimos Presentación y Carlos, que van del brazo también.)

Pres. Amigo Carlos... Perdóneme usted si le traté antes con alguna dureza... Ahora que le veo

apenado lo siento... Crea usted que tomo verdadera parte en su dolor...

Carlos ¿Usted siente alguna amistad por mí?...

Pres. Una gran amistad, sí, señor.

Carlos Gracias... ¿Ve usted? Sólo con eso que usted me dice, estoy consolado por completo. (Todos se van por la puerta de vidrieras que Agustín cierra en cuanto se han ido todos, y se oye dentro el timbre de la puerta de la verja.)

Agus. ¡Una visita! ¿Quién será á estas horas? (Vase por el foro derecha del jardín.)

ESCENA XX

AGUSTIN y RAMONA que viene con traje de viaje y su bolso en la mano

Ram. (Dentro.) Buenas tardes. Es esta la casa de los señores de Morlán, ¿verdad?

Agus. (Dentro.) Sí, señora... Aquí es.

Ram. (Saliendo por el foro derecha del jardín y Agustín detrás.) Perfectamente...

Agus. ¿A quién debo anunciar?

Ram. ¿El señor Bertier está aquí?

Agus. Sí, señora.

Ram. Pues dígale usted que está aquí su tía Ramona y que quiero hablarle.

Agus. (Retrocediendo.) ¡Ah! No... No seré yo quien le gaste esa broma.

Ram. ¿Cómo broma?

Agus. Ya esta mañana me han regañado los señores por haber anunciado la llegada de la esposa del señor Bertier.

Ram. (Asombrada.) ¿La esposa de Carlos Bertier?

Agus. Sí, señora... su esposa...

Ram. Pero, ¿está casado?

Agus. Naturalmente... Aquí está con su señora.

Ram. ¡Ya está usted buscándole inmediatamente! Dígale usted que su tía Ramona le espera.

Agus. Perdón, señora... pero yo no puedo anunciar á su tía Ramona.

Ram. ¿Pero por qué?

Agus. ¡Por que la tía Ramona ha muerto!

Ram. ¿Que yo he muerto?

Agus. Sí, señora. Vea usted aquí el telegrama que

nos ha dado la noticia. (Le da el telegrama que estará encima de una de las mesas.)

Ram. (Lee y cae desvanecida en una silla.) ¡Ah!

Agus. (Asustado.) ¡Eh! ¡Se ha desmayado!... ¡Dios mío! (Llamando á todos por la puerta que se fueron al comedor.) ¡Señorita! ¡Señorito! ¡Socorro!

ESCENA ULTIMA

DICHOS; los SEÑORES DE MORLAN, CARLOS, ALBERTINA, ADOLFO y PRESENTACION. Todos salen precipitados, algunos con servilletas puestas y en la mano, por el foro izquierda de las habitaciones del comedor

Sr. Mor. Pero, ¿qué sucede?

Agus. Esta señora que se ha desmayado...

Sra. Mor. Una señora...

Carlos (Precipitándose.) ¡Mi tía!.. ¡Pero si es mi tía!... ¡Tía! (Se arrodilla á sus piés, dándole aire con la servilleta. Pausa para dejar que se rían y puedan oir la última frase.)

Sr. Mor. (La servilleta al cuello y el cuchillo y el tenedor en las manos.) ¡Pues señor, lo que no me explico es cómo ha venido á parar aquí este cadáver! (Esto lo dice muy fuerte y muy indignado al mismo tiempo que asombrado. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ADVERTENCIAS

Muebles —Sillería modernista. Sofá. Butacas. Sillas. Tres mesitas y velador pequeño. Al foro centro una mesa. A la derecha el velador. Al lado del sofá otra mesa pequeña. Cuadros para los testeros, segundo derecha y foro centro. Aparato de luz eléctrica apagado. Alfombra y alfondrín en la escalinata del foro. Dos columnas blancas con macetas con plantas de salón al lado de la mesa del foro.

Guardarropía.—Encima de todas las mesas y velador paños blancos finos con calados. En la mesa del foro centro, figuras de bronce, reloj y dos floreros, uno de ellos con flores y el otro sin ellas para poner en él á su tiempo las flores que sacan. En las columnas que van al lado de esta mesa, macetas de porcelana con plantas de salón. Encima de la mesa de la derecha, escribanía, papel, carpeta. Tiestos con plantas en la terraza del foro. Una cinta de cuatro dedos de ancho y dos metros de larga, puesta en forma de cordón de campanilla en el trasto del foro derecha al lado de la mesa del foro centro.

Objetos que se sacan á la mano.—Una máquina fotográfica pequeña. Un secador con clichés de hojadelata para que no se rompan al tirarlos al suelo. Cartas y un telegrama. Dos bolsos de viaje para señoras, que sean elegantes. Un talón de equipajes. Una bandeja con tarjetas. Tenedores, cuchillos y servilletas. Unas flores sueltas figuradas. Campana. Timbre de verja.

ACTO TERCERO



P=Puertas.
F=Forillo gabinete.
V=Ventanal grande.
B=Balcón practicable.
s=Sillones.
W=Vis á vis.
C=Puff bajito.
M=Mesita con timbres y periódicos.
m=Mueblecito con teléfono.
s-v=Sillas volantes.
S=Sofá.

NOTA. El ventanal ó balcón B se ve desde el público, en su interior habrá una mesa y sillas donde juegan á las cartas el señor Morlán y amigos.

El gabinete boudoir de la señora de Morlán. Muebles lujosos. Puertas en primero y segundo término derecha. Puerta en primer término izquierda. Al foro izquierda gran mirador formando ángulo que da a la calle; desde este mirador se ve el balcón de la calle de enfrente, que estará abierto, dejando ver el interior de una habitación en la que estarán jugando á las cartas el señor Morlán y otros tres caballeros. Al levantarse el telón la tía Ramona hallase reclinada en una vis á vis, Gabriela la ayuda á instalarse cómodamente poniéndola unos almohadones.

ESCENA PRIMERA

RAMONA y GABRIELA. Gabriela es una criada joven y linda. Viste traje elegante de aldeana, cofia rizada á la cabeza, falda corta y justillo

Gab. ¿Está así á gusto la señora?
Ram. Muy bien, muy bien; muchas gracias.
Gab. ¿Pongo otro almohadón?
Ram. No, hija mía. Si ya estoy buena...
Gab. ¿De veras se siente ya bien la señora?
Ram. Divinamente... ¿Qué hora es?
Gab. Van á dar las cinco.
Ram. ¡Qué barbaridad! Pero, ¿he dormido tanto tiempo?
Gab. Ya lo creo. Y el Doctor que vino á ver á la señora, recomendó que no hiciésemos ruido... ¡Ah! ¡Qué susto nos ha dado la señora!
Ram. ¿Cuándo me desmayé?
Gab. El señorito Carlos estaba desesperado...
Ram. ¡Ah! Ese y yo tenemos que ajustar una cuenta...
Gab. ¡Pobre señorito! Se tiraba de los pelos y estaba tan loco, que ni siquiera tuteaba á su esposa... No hacía más que decirla: «Usted tiene la culpa... ¡usted!...» Y hasta llegó á decir que si usted se moría, mataría á su mujer y al señorito Adolfo... En fin, creímos que perdía el juicio.
Ram. ¡El remordimiento!
Gab. Voy á avisar á la señora para que venga.
Ram. Sí... Vaya usted, vaya usted. Tengo impaciencia por dar las gracias á estos señores que tanto me han atendido... Diga usted también á mi sobrino...

Gab. El señorito Carlos ha ido en auto á buscar un medicamento que recetó el Doctor. Es una especialidad nueva que quieren ensayar.

Ram. ¿En mí?

Gab. Los comprimidos del fakir... No los hay en la botica del pueblo.

Ram. Muy bien. Diga usted... ¿Usted puede proporcionarme una cosa?

Gab. La señora me dirá.

Ram. Quisiera volver á leer el famoso telegrama que anunciaba mi fallecimiento... Si usted me lo proporciona la regalaré cincuenta francos.

Gab. Ahora mismo... La señora tenía el papel en la mano y yo misma le arrojé al cesto. Voy á buscarle...

Ram. Perfectamente... ¡Ah! Un momento. ¿Este aparato es el teléfono general? ¿Se puede hablar con París?

Gab. Sí, señora.

Ram. Bien. Puede usted retirarse.

Gab. Voy á buscar el telegrama. (Vase por la izquierda.)

ESCENA II

RAMONA. Luego CLEMENTE. Ramona, siempre inquieta y preocupada, sin poder estar en ninguna parte, se dirige al teléfono y llama

Ram. (Dirigiéndose al telefono que estará en el primer término.) Todo esto es muy complicado; pero yo desenredaré la trama... ¿Central? ¿Central?... Con el 415... París... Sí, señorita... Muchas gracias... (Separándose del aparato se va á la derecha y se sienta en la vis á vis.) Ahora veremos si Clemente, el criado de mi sobrino, ha sido el cómplice de esta bromita... (Llaman al teléfono y se dirige Ramona á él para hablar con la persona que ha pedido la comunicación.) ¿Central?... ¿Pero es París?... ¿Sí?... ¡Bien! ¡Bien!... Llamen ustedes al aparato del señor Bertier... Yo soy su tía... ¿No está? Bueno... Que se ponga al aparato su criado... Clemente... ¡Clemente!... (En este momento se abre la puerta segunda derecha

y aparece Clemente que se descubre y espera.) ¿Que no está tampoco? ¡Ah! ¿Se fué esta mañana de viaje? ¿Dónde? ¡A Brives la Gallarda! ¡Perfectamente!... ¡Nada más!... Muchas gracias... (Cuelga el receptor.) Esto quiere decir que de un momento á otro se nos presentará aquí Clemente.

Clem. ¿La señora ha llamado?

Ram. (Volviéndose.) ¡Hombre! Esto es lo que se llama llegar á tiempo.

Clem. Ya sabe la señora que soy un servidor modelo...

Ram. ¿Viene usted á buscar á mi sobrino?

Clem. Justamente.

Ram. ¿Le ha mandado venir él?

Clem. No, señora... Vengo... espontáneamente.

Ram. ¿Y para qué?

Clem. (¿Qué digo yo?) Pues para avisar al señorito que se le ha olvidado pagar una letra á Ducastel.

Ram. ¿Qué es eso?

Clem. Una letra de diez mil francos... Ducastel se ha presentado... El señorito me dejó sin dinero .. Ducastel ha embargado los trastos: una catástrofe... (¡Ya veremos lo quo sale de esto!)

Ram. Y, ¿está bien?

Clem. ¿Quién? ¿Ducastel? Perfectamente.

Ram. Hablo de mi sobrino.

Clem. ¿El señorito? Bueno, gracias...

Ram. Muy bien... (Pasando á la derecha.) Yo pagaré la letra de Ducastel... Yo pagaré esta vez... como siempre... ¡Ya lo sabe usted!

Clem. ¡Que si lo sé! ¡Qué me va á decir la señorita! Si tengo en mi alcoba un retrato de la señora con un letrero encima que dice: «¡La Providencia!»

Ram. ¡Pero no estoy contenta de usted, Clemente!

Clem. ¿No?... Señora... ¿qué he hecho yo?

Ram. Creí que podía depositar en usted mi confianza.

Clem. ¡No he faltado jamás á ella!

Ram. Sí... Usted no me ha dicho nunca que Carlos está casado...

Clem. ¡La señora quiere divertirse sin duda!

Ram. ¡Qué! ¿No está casado Carlos?

Clem. Ni mucho menos... La señora puede estar convencida...

Ram. ¿Usted lo afirma? ¿Me da usted su palabra?

Clem. (Muy digno.) ¡Palabra de caballero!

Ram. Perfectamente... Y ahora, otra cosa... ¿Por qué ha telegrafiado usted á mi sobrino diciéndole que yo he muerto?

Clem. (Asombrado. La contempla un instante y luego con mucho interés.) La señora... ¿no se encuentra enferma por casualidad? (Clemente desde que sale ocupa el centro de la escena y deja que Ramona dance á su gusto.)

Ram. Ya lo ve usted.

Clem. (Desconfiado.) Es que... la verdad... dice unas cosas...

Ram. Esta mañana llegó aquí un telegrama firmado por usted...

Clem. ¡Es falso! Yo no he puesto ningún telegrama.

Ram. ¡Estaba segura!

ESCENA III

DICHOS y GABRIELA, que sale por la primera izquierda con un telegrama en la mano

Ram. (A Gabriela que sale por la izquierda.) ¡Qué!... ¿Y el telegrama?

Gab. (Dándole el telegrama arrugado.) Aquí está, señora.

Ram. (Mirándole.) ¡Gracias! Ahora es cuando no entiendo esto... (1)

Gab. ¿Qué?

Ram. Que esta letra no es de mi sobrino. (A Clemente.) ¿No es verdad? Mire usted.

Clem. No, señora... Esta letra no es del señorito.

Gab. (Sin mirar y sonriendo.) Naturalmente que no.

Ram. ¡Ah! ¿Usted sabe de quién es esta letra..?

Gab. (Tímidamente.) Sí, señora...

Ram. Doblo la propina si me lo dice usted.

Gab. Esa es la letra del señorito Adolfo.

Ram. ¡De Adolfo!

Gab. ¡Ya lo creo! ¡Conozco bien su letra!

---

(1) Ramona—Clemente—Gabriela.

Ram. ¡Ah!

Gab. (Bajando la vista avergonzada.) Sí, señora... Antes me escribía con alguna frecuencia... Ahora ya no se fija en mí.

Ram. (¡Miren ustedes Adolfito!)

Clem. (Que se ha acercado á Gabriela.) Si necesita usted... una persona con quien establecer correspondencia... aquí me tiene usted...

Gab. (Muchas gracias.)

Ram. Sin embargo, aquí no acaba de ponerse esto claro del todo... A menos que... Dígame usted... ¿Cómo se llama mi sobrina... la mujer de Carlos?

Gab. Se llama Albertina.

Ram. (A Clemente.) ¿Usted conoce á alguna señorita que se llame así?

Clem. ¿Albertina? La novia del señorito Adolfo se llama también Albertina.

Ram. ¡Ah! ¿Y qué señas tiene?

Clem. / Gab. } (Hablando á un tiempo.) Alta, delgada, morena... (Los dos se detienen y se ofrecen la palabra al mismo tiempo también.) No, no... Usted primero.

Ram. Basta.

Gab. Ojos negros; viste con elegancia...

Clem. Talle esbelto, aire inteligente...

Ram. ¡Basta! Sé lo que quería saber. Cuando venga mi sobrino, que pase. Retírense ustedes.

Clem. Vamos...

Ram. (Se dirige al velador de la derecha en donde habrá un cabás de señora, saca un billete de cien francos y se lo da á Gabriela.) Tome usted, Gabriela... Cien francos.

Gab. Gracias, señora.

Ram. Y ni una palabra á nadie de lo que hemos hablado aquí...

Clem. Mil gracias por los cincuenta francos. (Bajando desde la segunda derecha al centro.)

Ram. ¿Eh?

Clem. Sí; porque supongo que la mitad de ese billete la he ganado yo...

Ram. ¡Ah! ¡Tunante!.., Tome usted otro para usted. (Dándole otro billete.)

Clem. Lo dicho... ¡La Providencia!

Ram. Retírense ustedes.

Clem. (A Gabriela al salir.) (¡Habrá usted visto que no soy tonto!)

Gab. (¡Y usted habrá observado que puedo ir sola por el mundo!)

Clem. (¡Dos personas inteligentes, van mucho mejor acompañadas!...) (Vanse por la izquierda los dos.)

ESCENA IV

RAMONA. Luego la SEÑORA DE MORLÁN, por la segunda derecha

Ram. Ahora es cuando empieza esto á ponerse diáfano...

Sra. Mor. (Saliendo segunda derecha.) ¿Qué? ¿Cómo va la enferma? El doctor me ha dicho que ya está perfectamente.

Ram. Señora... Un millón de gracias.

Sra. Mor. Gracias, ¿por qué? Crea usted que hemos tenido una verdadera satisfacción al saber que no era nada. Deseábamos conocerla, y, ahora, no nos negará usted el placer de tenerla aquí unos días...

Ram. Siento en el alma el trastorno que he ocasionado á ustedes, y lamento mucho más no poder quedarme... Me voy esta misma noche.

Sra. Mor. ¿Esta noche?

Ram. En el rápido.

Sra. Mor. Pero, ¿y Carlos?

Ram. No quiero ver á mi sobrino.

Sra. Mor. Yo no tengo confianza con usted, ni debo mezclarme en estos asuntos íntimos; pero creo que si usted conociera á su sobrina... la perdonaría á usted.

Ram. ¿Sí?

Sra. Mor. ¡Oh! Es encantadora... No tiene usted idea. Aquí la queremos todos porque nos ha conquistado... Mi marido la adora, y yo creo que la llegaría á querer como á una hija. ¿Por qué no la recibe usted?

Ram. ¿Sí?... Mire usted... Voy á darle á ustedes una prueba de amistad y de buen carácter.

Sra. Mor. ¿De veras?

Ram. Sí, señora. Los perdono, y aquí espero á mi sobrina con los brazos abiertos. (Pasando á la derecha.)

Sra. Mor. (Loca de alegría.) ¡Ah! ¡Qué buena es usted! ¡Qué alegría tan grande! (Se dirige á la izquierda y llama á Gabriela.) ¡Gabriela, Gabriela!

Ram. (Ya que les divierte esto, veremos quién se divierte más.)

ESCENA V

DICHAS y GABRIELA por la izquierda

Gab. (Saliendo.) Señora...

Sra. Mor. Diga usted á los señoritos que vengan. (Óyese la trompeta de un automóvil.)

Gab. Este debe ser el señorito Carlos que vuelve.

Sra. Mor. Que suba en seguida... en seguida. (Vase Gabriela por la segunda derecha y la señora de Morlán se asoma al balcón del foro izquierda y llama á su marido.)

Ram. (¡No sabe él la que le espera!)

Sra. Mor. (Abriendo el balcón.) ¡Leopoldo! ¡Leopoldo!

Sr. Mor. (En el balcón de enfrente.) ¿Qué quieres?

Sra. Mor. ¡Ven corriendo!... La tía los ha perdonado.

Sr. Mor. ¿De veras?

Sra. Mor. ¡Sí! ¿Estás contento?

Sr. Mor. ¡Contentísimo!... ¡Allá voy!...

ESCENA VI

DICHAS. En seguida PRESENTACION y ADOLFO por la segunda derecha. Luego ALBERTINA por la izquierda. A continuación CARLOS y después el SEÑOR DE MORLÁN, los dos por la segunda derecha

Pres. (Saliendo.) ¿Pero es verdad? (1)

Sra. Mor. Sí, hijos míos, sí... ¡Qué alegría tan grande!

Ram. Hola, Adolfo. ¿Es esta su futura esposa?

Adolfo Sí, señora...

Ram. Es encantadora... Le felicito á usted... Y ya sabe usted que ha sido su mamá la que me ha decidido.

Adolfo ¿Decidido? ¿A qué?

Ram. ¡A perdonar á mis sobrinos! Sí, amigo mío...

---

(1) Ramona—Adolfo—Presentación—La Señora de Morlán.

Yo adopto á esa sobrina que me cae del cielo.

Pres. ¡Qué gusto! Todo se va á arreglar á maravilla.

Adolfo Sí, sí... En efecto... (Sube muy incomodado al foro y forman grupo los tres.)

Sra. Mor. (Viendo salir á Albertina tímidamente por la izquierda.) ¡Ah! ¡Aquí está! Adelante, Albertina.

Alb. Señora... yo... (Avanzando al centro.)

Ram. Acérquese usted, hija mía... ¡Aquí está la terrible tía Ramona! Esta es... Puede usted darme un beso...

Alb. (Sin atreverse.) ¡Oh, señora!... (Se va acercando á la tía Ramona que esté á la derecha.)

Ram. Atrévase usted .. (Albertina se acerca y la besa)

Pres. (A la señora de Morlán.) (¡Parece que está acobardada!)

Sra. Mor. (¡Se comprende!)

Ram. A ver... Déjeme usted que la vea bien... Que yo me convenza de que es usted la esposa de mi sobrino... Hay que reconocer que el pícaro ha tenido buen gusto... ¿No es verdad, Adolfo? (Con intención.)

Adolfo Si... sí, señora... sí.

Carlos (Saliendo por la segunda derecha precipitadamente y viene al centro.) ¡Ah! ¡Tía! ¡Mi querida tía! Aquí traigo los comprimidos del fakir..

Ram. (Pasando al lado de Carlos.) Tira esas drogas y ven á abrazarme.

Carlos (Abrazándola.) ¡Querida tía!

Ram. ¿Sabes lo que te digo? ¡Que has hecho muy bien en casarte!

Carlos ¿Que yo...? ¿Que yo he hecho...?

Ram. Sí... ¡Al principio me molestó; pero ahora que he conocido á mi sobrina, estoy contentísima!

Carlos ¿Que está usted?...

Ram. Encantada. Ahí tienes tú. Ahora la única cosa que no te perdonaría es que siguieras siendo soltero...

Carlos Tía... Tengo que hablar con usted.

Ram. Pues nada. Habla...

Carlos ¡Ah! No... Delante de todos, no.

Ram. (Colocándose entre Carlos y Albertina.) Venid, hijos míos, venid aquí... Así... A mi lado.

Sra. Mor. ¡Qué hermoso cuadro de familia!

Carlos ¡Tía!
Alb. ¡Señora!
Sr. Mor. (Que sale por la segunda derecha.) Yo también quiero dar á usted gracias por ese generoso arranque, señora.
Ram. ¡Ah! Usted es el padre de Adolfo... (Pasa y queda en pie al lado de la mesa.) Muy bien... Y ahora, hijos míos, os voy á dar una sorpresa... ¿Vosotros creeis que nos vamos á París?
Carlos Naturalmente... Mañana por la mañana.
Alb. No tenemos más remedio...
Ram. ¡Ca! ¡Nosotros tres nos marchamos á Marsella! (Y pasa al centro.)
Carlos (Aterrado.) ¡A Marsella!
Ram. ¡A Marsella!
Carlos ¡Con... con Albertina!...
Ram. ¡Claro está! Y allí os voy á tener tres meses á mi lado... ¿Eh?... ¿Quién va á estar contentito con su tía?...
Carlos (Cómicamente. Pero muy enfadado.) ¡Carlos!
Sra. Mor. ¡Van á adorar á su tía!
Pres. Ella lo merece... ¿Verdad, Adolfo?
Adolfo Da gusto ver un matrimonio tan unido.
Carlos Tía... Tengo que hablar con usted...
Ram. Pero habla, hombre, dime...
Carlos No... Delante de todos, no... (A Albertina.) (Yo no sé dónde vamos á parar.)
Alb. (Yo sí lo sé... ¡A Marsella!)
Sra. Mor. (Se levanta y pasa al centro.) Para nosotros ha llegado la hora del paseo... pero hoy nos llevamos á los novios, porque me parece que no los veo muy contentos... (A Adolfo y Presentación.)
Adolfo Sí, sí, mamá... Yo estoy muy satisfecho...
Pres. Yo, por mi parte, sigo reflexionando...
Sra. Mor. Pues vamos, hijos míos... Hasta después.
Ram. Hasta luego. (Pasando á la izquierda. Vanse por la segunda derecha los señores de Morlán. Presentación y Adolfo.)
Ram. ¡Ah! Oye, Carlos... (Sacando billetes del cabás que siempre deja sobre la mesa de la izquierda.)
Carlos ¡Tía!
Ram. ¡Toma! Los diez mil francos de la letra de Ducastel. (1)

(1) Albertina—Carlos—Ramona.

Carlos ¿Ducastel?... ¿Qué letra?

Ram. No disimules... Guárdalos y paga... Pero en lo sucesivo has de ser formal. Ahora ya estás casado y debes sentar la cabeza.

Carlos Pero si yo no comprendo...

Ram. Bueno, bueno.. Guárdate eso... (Sube y se acerca al balcón.)

Carlos Bien... No comprendo nada, pero me guardo el dinero. (A Albertina que está á la derecha.) (Ya supondrá usted que no la voy á llevar á pasar tres meses en Marsella.)

Alb. (Ya lo supongo.)

Carlos (Ahora mismo diré la verdad á mi tía.)

Alb. (Deteniéndole.) (No... usted, no... He perdido la partida... ¡justo es que sea yo quien ponga las cosas en claro!)

Carlos (Tiene usted cinco minutos... pero cinco minutos nada más.) (Pasando á la derecha.)

Alb. (Me bastarán.)

Carlos Vuelvo en seguida, tía...

Ram. ¿A quién quiere la tía Ramona?

Carlos (Volviéndose.) ¡A Carlos! (Vase por la primera derecha.)

ESCENA VII

RAMONA y ALBERTINA

Alb. (A Ramona, que se dirige para marcharse á la segunda derecha, la detiene con el gesto.) Señora... quisiera hablar con usted...

Ram. (Lo esperaba.) ¿Qué es ello, querida sobrina? (Bajando al primer término izquierda.)

Alb. No señora... No me llame usted de ese modo... No tengo derecho á ello.

Ram. (Fingiendo asombro.) ¿Por qué? La esposa de Carlos es mi sobrina.

Alb. Yo no soy la esposa de Carlos.

Ram. (Fingiendo indignación.) ¡Cómo! ¿Es posible?... Se han atrevido ustedes...

Alb. No señora; no acuse usted á nadie... Yo soy la culpable de todo; yo sola...

Ram. No comprendo... ¡Es abominable!

Alb. Verá usted; yo tenía necesidad de introducirme en esta casa y me fingí la esposa de

Carlos, bien á pesar suyo... El pudo denunciarme, descubrir el engaño... No lo hizo... Es un gran corazón...

Ram. (Aparte con orgullo) (¡Es un hombre!) (Alto á Albertina y fingiéndose enfadada.) Ha hecho mal, señorita... Debió denunciar á usted.

Alb. Déjeme usted explicarla todo... Yo no tengo nada que ver con Carlos, créalo usted.

Ram. ¡Claro! Porque usted es la novia de Adolfo.

Alb. (Asombrada.) ¡Ah! ¿Pero usted sabía?...

Ram. En Marsella no somos tan tontos como usted piensa.

Alb. ¡Ah, señora!... Yo he querido mucho á Adolfo... le quiero todavía. Me ha abandonado para venir á casarse con otra... Estaba loca... (Ramona estará siempre vuelta de espaldas.) ¿Me escucha usted?

Ram. (Sin volverse.) Sí, sí; continúe usted.

Alb. Ya sé que he hecho mal viniendo aquí; pero... ¿qué quiere usted? Ya no tiene remedio... Yo venía detrás de mi felicidad... Ahora quiero pedir á usted un favor...

Ram. (Sin volverse.) Usted dirá.

Alb. No me descubra usted, señora... Yo saldré de aquí con usted esta noche, pero... que no sepan, por Dios, quién soy... que no me echen...

Ram. ¡Pobre criatura! (Volviéndose en un arranque y abriéndola los brazos.) ¡Pensarán lo que quieran; pero creo que es usted una mujer digna y yo la ampararé á usted con todas mis fuerzas!

Alb. (Contentísima.) ¿De veras?... ¡Ah! ¡Qué buena es usted!

Ram. Esta noche nos iremos juntas las dos... (Pasa á la derecha.)

Alb. ¡Oh, gracias, gracias! Y ahora voy á corresponder á sus bondades, diciéndola algo que no sabe usted. (Ramona se sienta en el vis á vis y Albertina á sus pies en el puff.)

Ram. ¿Sí?

Alb. Sí, señora... Usted ha adivinado todo, todo... menos una cosa sin importancia... casi insignificante... Una cosa que he visto yo... que yo he olido...

Ram. (Curiosa.) ¿Qué es ello?

Alb. (Misteriosamente.) ¿Ha visto usted á la viudita Presentación... la prometida de Adolfo?...

Ram. Sí... ¿qué?

Alb. ¡La viudita está locamente enamorada de Carlos!

Ram. ¡Qué me dice usted! ¡Esta es otra!

Alb. Sí, señora.. Y Carlos... Carlos está locamente enamorado de la viudita...

Ram. ¡Es imposible!

Alb. Y ahí tiene usted... Si Adolfo se casa con ella... (Va contando las desgracias con los dedos de la mano, colocando los dedos derechos de manera visible.) Carlos será desgraciado, la viudita será desgraciada y Adolfo será...

Ram. Vamos, sí... todo el mundo será desgraciado. (Imitándole cómicamente.)

Alb. Ya ve usted.. Si hubiera un medio para evitar tantas catástrofes... A mí no se me ocurre porque es difícil... pero usted que es tan inteligente, tan buena, usted podría encontrar..

Ram. ¡Ya estás tú buena, ya!... (Bromeando)

Alb. ¡No, no! No crea usted que yo pienso en mis conveniencias al decir esto...

Ram. ¡Cá! ¡Al contrario! ¡Si lo dices con la mayor inocencia! Pero, en fin, creo que tengo una idea... (Se levantan.)

Alb. ¿De veras?

Ram. Sí... ¡Quién sabe! Puede que aun se arreglen las cosas á gusto de todos... Decididamente eres una buena muchacha. Ven conmigo. (Pasando las dos á la izquierda cerca de la puerta.)

Alb. ¡Qué buena es usted! ¡Y cuánto talento tiene!

Ram. ¡En Marsella somos todos así! (Vanse por la primera izquierda.)

ESCENA VIII

CARLOS, por la primera derecha. Luego CLEMENTE, foro derecha

Carlos No hay nadie... ¿Qué habrá resultado de la confesión de Albertina? La cabeza me da vueltas... Estoy como atontado...

Clem. (Entrando gorra en mano.) Señor...

Carlos (Sobresaltado.) ¿Qué es esto? (Se pasa la mano por los ojos.) Estos acontecimientos me han trastornado. (Vuelve á mirar á Clemente.) Sí, sí... El es... Estoy viendo á Clemente en Brives la Gallarda... A Clemente, que está en París...

Clem. No señor, no... Estoy aquí...

Carlos Es inaudito... (Al público.) ¡Oigo hasta su voz! ¿Qué nueva catástrofe me vienes á anunciar?

Clem. Tranquilícese el señor. No hay catástrofe.

Carlos ¡Menos mal!

Clem. He llegado aquí hace una hora... He tenido el honor de saludar á la tía del señor, que me ha dicho unas cuantas incoherencias... Yo la he ocultado el verdadero objeto de mi viaje, inventando una historia de una letra...

Carlos ¡De diez mil francos! (Sacando los billetes.)

Clem. ¡Justamente!

Carlos ¡Y yo que no comprendía por qué me daba ese dinero!

Clem. (Asombrado.) Pero ¿ha soltado los diez mil francos? El señor comprenderá que yo me rezco una pequeña comisión...

Carlos Toma, cien francos. (Pasando á la derecha.)

Clem. (No es mucho; pero en fin...) El verdadero objeto de mi viaje era otro... Yo venía á preguntar al señor qué hago de la joven que dejó usted en casa hace tres días, prometiendo volver en seguida.

Carlos (Dando un salto.) ¡Lucila! ¡Pero... sigue esperándome!

Clem. ¡Siempre! Y su tristeza es tan grande, que da gana de llorar... Se ha leído ya todos los periódicos de monos y la novela de Marcelo Prevost.

Carlos ¡Ah! ¡Lucila!... ¡Inocente criatura! ¡Cómo me quiere!

Clem. Yo, aunque parezca que no, soy sensible á las lágrimas... La tristeza de esa joven ha concluído por conmoverme, y esta mañana decidido la dije: «Señorita Lucila... Voy á Brives á hablar con el señor... Espéreme usted.»

Carlos Y se ha quedado esperando... ¡Esperando siempre!... ¡Qué sino el de algunas mujeres!

(Pasando á la izquierda.) ¡Ah! ¡Qué mal hice en dejarla!

Clem. Eso quiere decir que el señor acogería de un modo favorable á la señorita Lucila...

Carlos ¡Cómo! Si estoy deseando verla.. En cuanto llegue á París me echaré en sus brazos...

Clem. (Gabriela atraviesa la escena desde el primer término izquierda á la segunda derecha.) No hay necesidad... (A Gabriela.) Joven... ¿Quiere usted hacer el favor de decir á mi esposa, que se ha quedado en la cocina, que venga á buscarme?

Gab. Sí, señor; ahora mismo... (Vase Gabriela por la segunda derecha.)

Carlos (Estupefacto.) ¿Qué dices, Clemente?

Clem. Que me he tomado la libertad de traer conmigo á la señorita Lucila.

Carlos ¡Aquí! ¡Todos están locos! ¡No cabe duda! ¡Todos están locos!

Clem. Tranquilícese el señor. Yo hago las cosas bien. Para que nadie pudiera sospechar nada, he ideado una estratagema que me parece ingeniosa... He hecho que la señorita Lucila pase aquí por mi mujer.

Carlos ¡Ah! ¡No!... Te equivocas... Ese es un *truco* que aquí está ya muy desacreditado.

Clem. ¿De veras?...

ESCENA IX

DICHOS y LUCILA, la cual entra por la segunda derecha vestida como las doncellas de buena casa; traje elegante y delantal coquetón

Luc. ¿Llamaba el señor?

Carlos ¡Lucila! Mi querida Lucila... (Abriendo los brazos.)

Luc. (Abrazándole.) ¡Señorito Carlos!

Clem. Creo que debo dejar al señor solo con mi mujer.

Carlos Sí... anda, vete.

Clem. Pero ruego al señor y á mi mujer, que no ofendan mi amor propio de marido y que si los sorprende alguien, eviten los gestos definitivos.

Carlos ¡Que te vayas, digo!

Clem. Sí, señor, sí. Es preferible... (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA X

LUCILA y CARLOS

Carlos En la cocina... ¡Tú en la cocina! (Se sientan á la izquierda.)

Luc. Ya ve usted.. No me ha costado trabajo volver á coger el delantal.

Carlos ¡Ah! ¡Lucila! ¡Lucila! ¡Que alegría!

Luc. Yo no me atrevía a venir... ¡Pero Clemente, me animó!

Carlos Ha hecho bien... Es la primera vez que Clemente hace una cosa bien...

Luc. ¡Me aburría tanto esperando!...

Carlos ¿Y yo? ¿Tú sabes lo que yo he pasado aquí?

Luc. ¿Se ha acordado usted mucho de mí?

Carlos ¡A todas horas!

Luc. ¡Ah! ¡Qué contenta estoy!

Carlos ¡Este es el amor! (La abraza.) ¡Esta es la verdad! (Le abraza.) ¡Esta es la felicicidad! (La abraza.)

Luc. ¿Vamos á estar mucho tiempo aquí? usted

Carlos ¡Aquí! ¡Ni un minuto más! (Tomando una resolución repentina.)

Luc. No... A mí me es igual... Pudiendo estar juntos...

Carlos Volveremos á París... nos divertiremos... ¡Ya verás!

Luc. Pero mientras estemos aquí, lo pasaremos bien... Yo serviré la mesa esta noche á la hora de cenar... Será gracioso, ¿verdad?... Y luego, cuando todos duerman, usted puede venir á verme al cuarto de Clemente.

Carlos (Toca el timbre.) No, Lucila; la razón nos aconseja que hagamos mejor las cosas. (Sacando el reloj.) Son las seis. Tenemos un tren á las seis y cincuenta. En ese nos vamos, así las gasta la razón.

Luc. ¿De veras me quiere usted?

Carlos ¿Y lo preguntas?... Ya verás si te quiero... En París te lo diré.

sas... Acarician cuando miran de tal manera. ¡Oh!

Adolfo ¡Basta te digo!

Alb. ¡Hombre! Me parece que no te debe molestar verme contenta... Nosotros nos separamos, pero hemos de ser buenos amigos... No hay para qué odiarse... Además, debe alegrarte saber que voy á ser muy dichosa con Carlos...

Adolfo ¡Adiós! (Haciendo intención de alejarse.) Tú no tienes el menor sentimiento moral...

Alb. No te entiendo.

Adolfo Pues está bien claro... Tú no comprendes que la idea de verte en brazos de otro... me hace sufrir... Eso es... Puedes creerlo, Albertina... Me hace sufrir mucho... (Se sienta á la izquierda, casi llorando.)

Alb. ¿Sí? Pero, ¿es posible que me quieras todavía?

Adolfo Suponiendo que yo te quiera todavía, tú debías complacerme en vez de burlarte de mí... Si yo he hecho una estupidez y lo veo ahora, bastante castigado estoy... y hasta lo siento...

Alb. (Acercándose á él despacio.) Escucha, Adolfo... (Pausa.) ¿Sientes mucho que me case con Carlos?

Adolfo (Pensativo.) Sí... ¡mucho! (Albertina se acerca á él; con una pierna le separa las dos rodilas y se sienta encima de una de ellas.)

Alb. (Abrazándole.) ¡Tonto! ¡Si no es verdad!

...lfo (Alegremente.) ¿Qué dices?

Que no quiero á nadie más que á ti; que tú ...mbién me quieres y que ya ves cómo es ...dad que no podemos vivir el uno sin el

...) ¡Albertina!

...ta segunda derecha y los ve, da un grito ...ar la puerta precipitadamente. ¡Ay! ...rte.)

...o...

...aquí!

...n! (Vanse corriendo por la

ESCENA XVI

PRESENTACIÓN. En seguida Carlos por la primera derecha con una maleta y en dirección á foro derecha.)

Pres. ¡Qué escándalo! ¡Se han ido! ¡Y con la esposa de su mejor amigo!...

Carlos (Sale con gabán al brazo y maleta en la mano.) (Me parece haber oído el pito del tren.)

Pres. ¿Cómo? ¿Se va usted?

Carlos Sí, señora.

Pres. ¿Sólo?

Carlos Completamente solo.

Pres. ¿Y deja usted aquí á su señora?

Carlos No puedo dejarla en sitio mejor.

Pres. ¡Ah! No... Está usted equivocado...

Carlos ¿Eh? ¿Por qué?

Pres. Mire usted, Carlos... Yo soy una buena amiga de usted... Usted lo sabe... No se vaya usted.

Carlos No comprendo...

Pres. Yo no sé si en estos casos es mejor hablar ó guardar silencio... pero prefiero decirle á usted todo.

Carlos Hable usted, señora; hable usted.

Pres. Amigo mío. . ¡Tenga usted valor!

Carlos Pero, ¿quiere usted explicarme?

Pres. ¡Acabo de sorprender aquí mismo á su esposa en los brazos de Adolfo!

Carlos ¡Y se han dejado sorprender! ¡Qué ¡Dios mío! ¡Qué idiotas! (Pasand por delante.)

Pres. ¿Es eso... todo lo que se le

Carlos ¡Desde esta mañana esto ros para que nadie se dose incomodado.)

Pres. ¿Qué dice?

Carlos Me sacrifico, m tanto, se pone sin tomarse ¡Pero, qué (Pasando á

Pres. La verda mación.

Carlos Y debe usted continuar... Porque yo también... yo también la estimo á usted... Es más.. Yo no tengo para qué ocultar la verdad; señora... yo la quiero á usted.

Pres. ¡Eh! Me parece que ha elegido usted un momento para declararse...

Carlos (Cada vez más exaltado.) No lo crea usted... Recuerde lo que la dije esta mañana... Si encontrára una mujer como usted, me casaría con ella... ¿Quiere usted casarse conmigo?

Pres. Usted se burla... ¡Tiene usted una filosofía!...

Carlos Transcendental, sí señora... ¡Transcendental! Usted no me conoce bien... Yo soy un hombre extraordinario. Dejarse sorprender... ¡Pero qué idiotas!... Si me empeño, mañana estaré divorciado y libre... ¡Y además, soltero!

Pres. No sabe lo que se dice.

ESCENA XVII

DICHOS y los señores de MORLÁN por la segunda derecha

Sr. Mor. ¿Dónde está tu futuro?

Pres. ¡No tengo futuro! ¡Yo no me casaré con su hijo de usted!

Sra. Mor. ¿Cómo? (1)

Sr. Mor. Yo debo haber oído mal...

Pres. No señor, no.. Hablo en serio... Renuncio á ese matrimonio, definitivamente.

Sra. Mor. ¿Y se puede saber qué motivo grave hay?... Porque será un motivo grave...

Pres. Aquí, el íntimo amigo de su hijo se lo explicará á ustedes...

Carlos (Pasando al centro con la mayor naturalidad.) Con mucho gusto... (Presentación sube al segundo término izquierda.) Esta señora ha sorprendido á Adolfo abrazando á mi mujer, y ¡claro! parece ser que la ha molestado un poco...

Sr. Mor. En efecto... Tiene razón... Pero, usted.. No comprendo esa tranquilidad...

(1) Señora de Morlán.—Señor Morlán.—Presentación.—Carlos.

Carlos	¡Oh! ¡Yo!... ¡Yo sabía de sobra que tenían que acabar así!
Sra. Mor.	¿Que usted sabía?...
Sr. Mor.	¡Déjame, déjame!... Señor Bertier, por censurable que sea la conducta de mi hijo, creo que es más censurable la de usted...
Carlos	Es posible... pero yo me justificaré. No tenga usted cuidado.
Sr. Mor.	¡Será difícil!

ESCENA XVIII

DICHOS y RAMONA, por la primera izquierda

Ram.	No, señor de Morlán; es muy fácil... Yo lo explicaré todo... (Pasando al centro.)
Sr. Mor.	¿Usted?...
Ram.	Sí... En Marsella no nos dejamos engañar como aquí... La joven que ustedes han recibido esta mañana en esta casa, no es la mujer de Carlos...
Carlos	¡Lo sabía usted!...
Ram.	¡Claro, hijo mío!
Sr. Mor.	Pero, entonces, esa muchacha...
Ram.	(Pasando á la derecha, Carlos sube al foro.) Es la novia de Adolfo desde hace tres años, su amiga fiel, su sompañera cariñosa... Es preciso que los casen ustedes...
Sr. Mor.	¡Jamás!
Sra Mor.	¡Casarlos! ¡Qué escándalo!
Sr. Mor.	¡Qué horror!
Ram.	Recuerden ustedes los elogios que me han hecho de ella... Es encantadora, distinguida, elegante y además, me consta que pertenece á una excelente familia... (Aparte.) (Yo no lo sé, pero siempre conviene decir esto.) (Durante esta escena, Carlos y Presentación se habrán ido aproximando, hablándose por gestos que den á entender al público que se quieren.)
Sr. Mor.	La verdad es que la muchacha es muy simpática...

ESCENA ULTIMA

DICHOS, ADOLFO por la primera izquierda. Después ALBERTINA por el mismo sitio. Al final de la escena CLEMENTE que sale por la segunda derecha y queda en el centro

Adolfo ¡Papá! ¡Papá!... ¡Ah! Tengo que participar á ustedes una determinación que acabo de adoptar.

Sr. Mor. Sí, ¿eh? (Dándole un puntapié.) ¡Anda á buscar á tu mujer, granuja!

Adolfo ¿Cómo?

Sr. Mor. Que vayas á buscar á tu mujer, que la hora de cenar se aproxima...

Adolfo ¿Consienten ustedes?... ¡Voy volando! (Mutis por la izquierda.)

Ram. Y si ustedes quieren, iremos á París á celebrar allí los dos matrimonios.

Sr. Mor. ¿Los dos? ¿Es que hay otro?

Ram. Sí: el de mi sobrino con esta señora.

Carlos (A Presentación.) ¿Acepta usted?

Pres. ¡Con toda mi alma! (Se abrazan.)

Adolfo (Saliendo con Albertina dándola un empujón, por la izquierda.) Anda, mujer... Si te digo que consienten...

Sr. Mor. ¡Ven aquí, embustera! Acércate.

Alb. (Abrazando á los señores de Morlán.) ¡Oh, papá!

Sra. Mor. ¡Hija mía!

(Sale Clemente por la segunda derecha y llama aparte á Carlos. Forman grupos Presentación con Ramona á la izquierda. Los señores de Morlán y Adolfo y Albertina á la derecha y Carlos y Clemente en foro centro.)

Clem. Mi mujer me avisa que el tren va á salir ya, y pregunta al señor qué hace..

Carlos ¡Caracoles! Sí... sí... Es verdad... ¡Anda! Dila que espere.. que espere...

Ram. ¿Quién quiere á su tía Ramona? (Con tonillo.)

Todos ¡Carlos! (Idem.)

TELÓN RÁPIDO

ADVERTENCIAS

Muebles.—Sillería de tapicería. Sofá. Dos butacas. Un vis á vis. Un velador centro. Dos mesitas pequeñas. Cuatro almohadones. Aparato de luz eléctrica apagado. Una mesita al foro que tendrá su tablero para jugar al tresillo.

Guardarropía—En el velador y en las mesitas pequeñas, tapetes blancos con calados. Una bandeja con copa y platillo para licor, una botella de coñac y una copa con agua. Encima del velador periódicos, timbre eléctrico y un centrito de flores. Encima de la otra mesita un teléfono. Una de las maletas del acto primero. Baraja francesa y tablero verde para la mesa del foro. Periódicos franceses. Un paquetito de tarjetas envuelto en papel blanco. Cabás de señora y dentro catorce billetes de 100 francos cada uno. Un duro en una pieza. Un telegrama. Bocina de automóvil.

Obras de José Juan Cadenas

Inés de Castro ó Reinar después de morir, refundición lírica de la obra de Luis Vélez de Guevara, música de los maestros Calleja y Lleó (1).

El trágala, zarzuela en un acto y tres cuadros, prosa y verso, original (1).

La Walkyria, versión rítmica castellana, en tres actos, de la ópera de Wagner (1).

Las violetas, boceto de comedia en un acto y en prosa.

La Dolora, juguete cómico en un acto y en prosa (2).

El famoso Colirón, zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa y verso (3).

El primer pleito, comedia en tres actos y en prosa (4).

Género chico, humorada en un acto, dividido en cinco cuadros y dos intermedios, en prosa y verso (5).

El Delirio Dominical, humorada cómico-lírica en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso (6).

La tragedia de Pierrot, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en verso (5).

El conde de Luxemburgo, opereta en tres actos.

La niña de las muñecas, opereta en tres actos.

¡¡Al fin, solos!!... juguete cómico-lírico en un acto, original y en prosa (2).

La mujer divorciada, opereta en tres actos.

Soldaditos de plomo, opereta en tres actos.

Princesitas del dollar, opereta en tres actos.

Los molinos cantan... opereta en tres actos (5).

Los Húsares del Kaiser, opereta en tres actos.

Mis tres mujeres, opereta en tres actos (5).

Petit café, comedia en tres actos de Tristan Bernard.

Los inmortales, comedia en cuatro actos de Flers y De Caillavet.

La toma de la Bastilla, comedia en cuatro actos.

La alegría del amor, fantasía lírica en un acto, música del maestro P. Luna (5).

La señorita Capricho, opereta en tres actos, música de H. Bereny (5).

Las píldoras de Hércules, opereta en tres actos (5).

¡A ver si cuidas de Amelia!, opereta en tres actos (5).

El Príncipe Carnaval, fantasía lírica en un acto, música del maestro Valverde (5).

El Señor Juez, vodevil en cuatro actos (7).

Mi tía Ramona, comedia bufa en tres actos.

---

(1) En colaboración con D. Luis París.
(2) Idem con D. Enrique López-Marín.
(3) Idem con D. Enrique García Alvarez.
(4) Idem con D. Cristóbal de Castro.
(5) Idem con D. Ramón Asensio Más.
(6) Idem con D. Agustín R. Bonnat.
(7) Idem con D. Enrique Gutiérrez Roig.